

"POR QUÉ NO HABLO CON BLANCOS SOBRE RACISMO"
RENI EDDO-LODGE

Índice de este pdf:

Prefacio - pag 1

El sistema - pag 9

¿Qué es el privilegio blanco? - pag 33

PREFACIO

En febrero de 2014, publiqué un artículo en mi blog. Lo titulé *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*.

Decía así:

He dejado de hablar con blancos sobre racismo. No con todos ellos, pero sí con la amplia mayoría que rechaza aceptar la legitimidad del racismo estructural y sus síntomas. No puedo seguir enfrentándome al abismo de la desconexión emocional que las personas blancas exhiben cuando una persona de color articula su experiencia. Su mirada se apaga y se endurece. Es como si alguien echara melaza en sus oídos y bloqueara sus canales auditivos. Es como si ya no pudieran oírnos.

Esa desconexión emocional es la consecuencia de vivir ajenos al hecho de que el color de su piel es la norma, y que todos los demás colores se desvían de ella. En el mejor de los casos, a las personas blancas se les ha enseñado a no mencionar que las personas de color son «diferentes», por si acaso nos ofende. Creen de verdad que las experiencias que han vivido como consecuencia del color de su piel pueden y deben ser universales. No soy capaz de seguir enfrentándome a la actitud defensiva de los blancos ni a su desconcierto cuando se enfrentan al hecho de que no todo el mundo experimenta el mundo de la misma forma en que ellos lo hacen. No han tenido que pensar nunca en lo que

significa, en términos de poder, ser blanco, de modo que cada vez que se les recuerda, ni que sea de pasada, lo viven como una afrenta. Ponen los ojos en blanco o los abren como platos, indignados. Tuercen el gesto y se ponen a la defensiva. Abren la boca y tratan de interrumpirte, y se muestran ansiosos no por escuchar, sino por que calles, porque necesitan hacerte saber hasta qué punto estás equivocada.

El camino hacia la comprensión del racismo estructural parece que sigue requiriendo que las personas de color den prioridad a los sentimientos de las personas blancas. Muchas veces, incluso si pueden oírte, no te están escuchando. Es como si algo les estuviera ocurriendo a las palabras desde que abandonan nuestra boca hasta que llegan a sus oídos. Se topan con una barrera de rechazo y no consiguen ir más allá.

Esa es la desconexión emocional. No es del todo sorprendente, porque las personas blancas nunca han sabido tratar a las personas de color como a verdaderos iguales, como alguien con pensamientos y emociones tan válidos como los suyos. En el documental *The Color of Fear* [El color del miedo],¹ de Lee Mun Wah, varias personas de color rompen a llorar de impotencia cuando se ven incapaces de convencer a un desafiante hombre blanco de que sus palabras refuerzan y perpetúan un estándar racista sobre ellos. Él, entretanto, los mira, impasible, completamente confundido por su dolor, trivializándolo en el mejor caso; en el peor, ridiculizándolo.

He escrito con anterioridad sobre ese rechazo blanco, sobre el hecho de que constituye una muestra de la omnipresente política de la raza, intrínsecamente invisible. Y la negación frontal, los extraños razonamientos y las acrobacias mentales de los blancos cuando se les llama la atención al respecto hacen que no me vea con fuerzas de seguir discutiendo con ellos sobre el tema. ¿Quién querría, en realidad, que se le hiciera notar la existencia de un sistema estructural que lo beneficia a expensas de otros?

No quiero seguir teniendo ese tipo de conversación porque a menudo llegamos a ella desde lugares completamente distintos. No puedo hablar con alguien acerca de los sutiles detalles de un problema si ese alguien ni siquiera reconoce que el problema existe. Aunque aún es peor cuando la persona blanca se muestra dispuesta a aceptar la posibilidad de que el racismo exista, pero cree que afrontamos ese diálogo como iguales. Porque no es así.

Por no mencionar que iniciar un debate con alguien blanco que muestra una actitud desafiante es una tarea francamente peligrosa para mí. Aunque por su parte se sucedan las interrupciones y las respuestas retadoras, debo cuidar mucho lo que digo, porque si muestro frustración, enfado o exasperación, esa persona echará mano de los consabidos tópicos racistas sobre la amenaza que supone para ellos y para su seguridad enfrentarse a una persona negra airada. Es muy probable que a continuación se me califique de agresiva o bravucona. Es también probable que sus amigos blancos intervengan, den fe de sus palabras, retuerzan lo ocurrido y hagan de las mentiras verdad. Tratar de dialogar y abrirse camino a través de su racismo acaba no valiendo la pena.

Siempre que se habla de Personas Buenas Blancas que sienten que se las silencia al hablar de racismo, hay una evidente y casi irónica falta de entendimiento o de empatía hacia aquellos de nosotros a quienes se ha señalado como diferentes a lo largo de toda nuestra existencia, con todas sus consecuencias. Las personas de color experimentan una verdadera vida de autocensura. Las opciones son o bien decir lo que piensas y soportar las represalias o bien morderte la lengua y seguir adelante. Debe de ser agradable sentir que tienes permiso para hablar y para mostrar tu indignación incluso cuando por una vez se te pide que escuches. Es algo que se desprende del nunca cuestionado privilegio de las personas blancas, supongo.

Tratar de hacer llegar ese mensaje es emocionalmente extenuante, y no me veo capaz de seguir haciéndolo y de, al mismo tiempo, intentar que ninguna persona blanca en concreto sienta que la acuso de perpetuar el racismo estructural, por miedo de que caricaturicen mi postura.

De modo que ya no hablo con nadie que sea blanco sobre racismo. Es muy poco lo que puedo hacer para cambiar la manera en que funciona el mundo, pero puedo marcar límites. Puedo poner freno a su sentimiento de superioridad y empezaré a hacerle negándome a hablar con ellos. El equilibrio de poder ya se inclina demasiado a su favor. Muchos de ellos a menudo no buscan ni escuchar ni aprender, sino ejercer su poder, probar que me equivoco, agotarme emocionalmente y restablecer el *statu quo*. No hablaré con nadie blanco sobre racismo a menos que no me quede alternativa. Si la charla se realiza en el contexto de una intervención en los medios o una conferencia en la que exista la posibilidad de que alguien pueda oír lo que estoy diciendo y se sienta menos solo, entonces sí participaré. Pero voy a dejar de lidiar con personas que no quieren escuchar lo que tengo que decir, desean ridiculizarlo o, la verdad, no lo merecen.

El artículo cobró vida propia en cuanto apreté el botón de «publicar». Pese a que han pasado años, aún sigo conociendo a personas, en países distintos y circunstancias muy diversas, que me dicen que lo han leído. En 2014, al ver que se hacía viral, me preparé para la habitual avalancha de comentarios racistas. Pero la respuesta no tuvo nada que ver con lo que esperaba; de hecho, me pilló por sorpresa.

Hubo una clara división racial en la forma en que fue recibido el artículo. Me llegaron muchos mensajes de personas de color. A menudo me daban las gracias y me decían que había dado voz a su experiencia. Hubo gente que me dijo que había soltado alguna lágrima leyéndolo y también hubo un cierto debate sobre

cómo solucionar el problema, en el que muchos apostaron por la educación como método para salvar la brecha comunicativa. Fue un alivio leer todos esos mensajes. Sé lo difícil que es expresar la frustración con palabras, de modo que cuando tantas personas se pusieron en contacto conmigo para agradecerme haber verbalizado algo que hasta entonces no habían sabido cómo expresar, me alegré de haber sido útil. Si yo me sentía menos sola por ello, sabía que ellos también.

Lo que no esperaba es la avalancha de emociones que me llegó de las muchas personas blancas que sintieron que, al decidir dejar de hablar con ellas sobre racismo, estaba privando al mundo de algo, y que esa pérdida era una absoluta tragedia. «Descorazonador» es la palabra que parecía describir mejor ese sentimiento.

«Lamento tanto que te sientas así —decía uno de los comentarios—. Soy una persona blanca y me avergüenza profundamente el privilegio sistémico que negamos y del que disfrutamos a diario. Y me avergüenza también no haberme dado cuenta de ello hasta hace diez años.»

Otro de los comentarios suplicaba: «No dejes de hablar con personas blancas, tu voz es importante, y seguro que hay formas de hacer llegar tu mensaje». Otro, esta vez de un comentarista negro, decía: «Cambiar la mentalidad de los demás es una tarea increíblemente difícil, pero no debemos dejar de intentarlo». Un último comentario pedía simplemente: «Por favor, no dejes a las personas blancas por imposibles».

Aunque eran respuestas cordiales, todas ellas evidenciaban la misma brecha comunicativa de la que hablaba en mi artículo del blog. Parecía haber un malentendido acerca de a quién se dirigía mi texto. En ningún caso lo escribí con la intención de que nadie se sintiera culpable o tuviera una epifanía. Por aquel entonces no sabía que, sin quererlo, había escrito una carta de ruptura de relaciones con la blanquitud. Y no espera-

ba que los lectores blancos hicieran el equivalente, en términos de internet, de plantarse al otro lado de la ventana de mi habitación con un radiocasete gigante y un ramo de flores, confesar sus defectos y errores y suplicarme que no me fuera. Me resultaba extraño y un poco incómodo. Porque, al escribir mi artículo, lo único que quería era decir que había tenido suficiente. No estaba pidiendo ayuda a las personas blancas ni suplicándoles comprensión y compasión. No quería que se entregaran a la autoflagelación. Decidí dejar de hablar con blancos sobre racismo porque no creo que darse por vencido sea un signo de debilidad. A veces tiene más que ver con la supervivencia.

He convertido aquel texto, *Por qué no hablo con blancos sobre racismo*, en un libro que —paradójicamente— retoma esa conversación. Desde que dije que había llegado al límite casi no he hecho otra cosa que hablar de racismo —en festivales de música y en estudios de televisión, en institutos de secundaria y en conferencias de partidos políticos— y la demanda no muestra signos de aflojar. Todo el mundo quiere hablar de racismo. Este libro es el fruto de cinco años de efervescencia, frustración, agotadoras explicaciones y largos comentarios en Facebook. No habla del lado más evidente del racismo, sino del más escurridizo, de las partes que cuesta definir, de las que hacen que dudes de ti misma. El Reino Unido es un país que aún vive con profunda incomodidad todo lo relacionado con la raza y la diferencia.

Desde 2014, que es cuando escribí el artículo, las cosas han cambiado mucho para mí. Ahora paso la mayor parte del tiempo hablando con blancos sobre racismo. La industria editorial es muy blanca, de modo que de ningún modo habría podido publicar este libro sin hablar al menos con alguna persona blanca sobre racismo. Para escribirlo he tenido que dialogar con blancos con los que nunca pensé que intercambiaría una sola palabra, como el exlíder del Partido Nacional Británico

(BNP, por sus siglas en inglés) Nick Griffin. Sé que hay quien cree que a alguien así no habría que darle una tribuna para que manifieste sus opiniones sin derecho a réplica, y le di muchas vueltas a la entrevista que aparece en este libro. Pero no soy la primera persona que le da a Nick Griffin la oportunidad de pronunciarse, y creo haber gestionado sus palabras de forma responsable.

Un breve apunte sobre la terminología empleada. En este libro, la expresión «personas de color» se emplea para referirse a cualquier persona de cualquier raza que no sea la raza blanca. La utilizo porque es infinitamente mejor que hablar de «no blancos», un término que parece sugerir que las personas a las que se aplica carecen de algo, o tienen una deficiencia de algún tipo. Uso la palabra «negro» en este libro para describir a las personas de origen africano o caribeño, incluidas las personas mestizas. En algunas de las citas que incluyo aparece en ocasiones la expresión «negros o de otra etnia minoritaria». No es una terminología que me guste demasiado, porque lleva a pensar en formularios clínicos de control de la diversidad, pero, en aras de interpretar el material consultado de la forma más precisa posible, he decidido mantenerla.

Escribo —y leo— para tener la certeza de que otras personas han sentido lo que yo siento, que no estoy sola, que esto es real y válido y cierto. Si soy tan consciente de todo lo que tiene que ver con la raza es porque el mundo, desde que soy capaz de recordar, me ha dicho que soy diferente. Aunque analizo la blanquitud invisible y a menudo sopeso su naturaleza elitista, es algo que contemplo desde fuera. Entiendo que ese no es el caso para la mayoría de las personas blancas, que se mueven

por el mundo dichosamente ajenas a su propio color de piel, al menos hasta que alguien pone en tela de juicio los motivos por los que son la raza dominante. Cuando una persona blanca hojea una revista, navega por internet, lee un periódico o enciende la televisión, no es nada raro que vea a gente que se parece a ella en posiciones de poder o ejerciendo autoridad. En el mundo de la cultura, en particular, la afirmación positiva de la blanquitud está tan extendida que la persona blanca promedio ni siquiera la nota. De hecho, esa afirmación positiva se consume de forma plácida. Ser blanco es ser humano; ser blanco es universal. Es algo que solo sé porque yo no lo soy.

He escrito este libro para que aquellos a los que el arrogante *statu quo* les ha arrebatado la voz y la confianza vean articulada su experiencia. Lo he escrito para que tengas el contexto histórico y político necesario para cimentar tu oposición al racismo. Espero que sea una herramienta para ti.

No voy a dejar nunca de hablar sobre racismo. Cada voz que se alza en su contra erosiona su poder. No podemos permitirnos permanecer en silencio. Este libro es un intento de hablar.

EL SISTEMA

La noche del 22 de abril de 1993, Stephen Lawrence, de dieciocho años, salió de la casa de su tío en Plumstead, en el suroeste de Londres, con su amigo Duwayne Brooks. Mientras esperaban al autobús en la parada, Stephen se dispuso a cruzar la calle para ver, desde el otro lado, si llegaba. Nunca llegó a saberlo. La investigación posterior dictaminó que en aquel momento varios jóvenes blancos más o menos de su misma edad le increparon, y se aproximaron a él, rodeándolo. Acto seguido se abalanzaron sobre Stephen y le apuñalaron repetidamente. Duwayne salió corriendo, y Stephen lo hizo tras él. Recorrió unos cien metros antes de desplomarse por la pérdida de sangre. Murió desangrado sobre el asfalto.

Al día siguiente de la muerte de Stephen Lawrence, una carta con los nombres de los que resultaron ser los principales sospechosos del caso apareció en una cabina telefónica cercana a la parada de autobús. En los meses siguientes, aquella carta condujo a vigilancias y arrestos. Se presentaron cargos contra dos jóvenes. Pero, a finales de julio de 1993, los cargos se habían retirado, y la Policía Metropolitana dijo que el testimonio de Duwayne, el único testigo del crimen, no era del todo fiable. Meses más tarde se puso en marcha una investigación. Quedó en suspenso cuando el abogado que representaba a la familia Lawrence aportó nuevas pruebas. Un año después, la Fiscalía General del Reino

Unido decidió no presentar cargos contra ninguno de los sospechosos, alegando, de nuevo, que no había suficientes pruebas para ello.

Los padres de Stephen se personaron como acusación particular contra tres de los sospechosos. Entretanto la vigilancia policial puso en evidencia que todos ellos empleaban un lenguaje violento y racista. En abril de 1996, la acusación particular vio frustradas sus expectativas. Esta vez fue el juez el que determinó que el testimonio del amigo de Stephen, Duwayne Brooks, no era válido.

En 1997, se anunciaron las conclusiones de la investigación iniciada en 1993. Aunque los cinco sospechosos se negaron a contestar a las preguntas, se hizo público un veredicto de homicidio imprudente durante un «ataque racista no provocado». Meses más tarde, la policía de Kent, a partir de una queja oficial de los padres de Stephen Lawrence ante el Servicio de Denuncias contra la Policía, investigó el modo en que había actuado la fuerza policial a lo largo del caso. Las conclusiones, nueve meses después, fueron que hubo «notables insuficiencias, omisiones y oportunidades perdidas» en la investigación sobre la muerte de Stephen Lawrence. El jefe adjunto de la policía de Kent, Bob Ayling, admitió, dos años más tarde, en el programa de la BBC *Newsnight* que en la investigación por la muerte de Stephen hubo «fallos graves». Apareció un testigo clave, reveló Ayling, pero lo vio un agente de bajo rango y su declaración fue desestimada. Una mujer que parecía tener una relación cercana con uno de los sospechosos llamó tres veces a la policía, pero no se hizo el seguimiento adecuado a nada de lo que dijo.

Hoy todo el mundo sabe que el proceso contra los asesinos de Stephen fue una farsa. Pero, en 1997, la opinión pública aún creía que la policía podía resolver el crimen. En julio de ese año, el entonces ministro de Interior, Jack Straw, anunció

que abriría una investigación judicial para analizar la muerte de Stephen Lawrence y la posterior pesquisa policial. Iba a presidirla un juez del Tribunal Supremo, sir William Macpherson.

Muy descontenta con la forma en que la policía estaba llevando el caso y harta de pedir que se hiciera justicia, en 1998 la familia de Stephen Lawrence exigió la dimisión del director general de la Policía Metropolitana, sir Paul Condon, que respondió no con una dimisión sino con una disculpa. «Lamento profundamente que no hayamos llevado a los racistas que asesinaron a Stephen ante la justicia, y me gustaría pedir perdón personalmente al señor y la señora Lawrence por nuestro fracaso —declaró ante el tribunal judicial—. Sabemos lo que la gente ha estado diciendo y sé que a muchos les preocupa que la Policía Metropolitana pueda ser racista. Reconozco que no hemos hecho lo suficiente para combatir el crimen y el acoso por motivos raciales.»

Pese a sus declaraciones, sir Paul decidió no dar el brazo a torcer ante los que acusaban a la Policía Metropolitana de ser *institucionalmente* racista. En declaraciones a la prensa, Doreen, madre de Stephen y portavoz de la familia Lawrence, dijo: «Sir Paul tiene muy buenas palabras, pero aún no me ha dicho por qué los asesinos de Stephen siguen libres».¹

En declaraciones posteriores, los Lawrence dijeron: «Quizá necesitemos una nueva investigación pública sobre corrupción policial para que el director general acepte que esos chicos recibieron algún tipo de protección. Si no hubiera sido por la investigación actual, el director general seguiría diciendo que los agentes hicieron todo lo posible para llevar al asesino de nuestro hijo a la justicia».²

El informe sobre la investigación de sir William Macpherson se hizo público en febrero de 1999. Concluía que las pesquisas sobre la muerte de Stephen Lawrence «estaban viciadas

por una combinación de incompetencia profesional, racismo institucional y falta de liderazgo de los agentes a cargo del proceso». El racismo institucional, explicaba el informe, es «el fracaso colectivo de una organización a la hora de proporcionar un servicio apropiado y profesional a una persona por razón de su color, cultura u origen étnico. Puede verse o detectarse en procedimientos, actitudes y comportamientos que acaban siendo discriminatorios a causa de prejuicios inconscientes, ignorancia, descuido o estereotipos raciales que ponen en posición de desventaja a las personas que forman parte de una minoría étnica». ³ El informe describía el racismo institucional sobre todo como una forma de comportamiento colectivo, un ambiente en el lugar de trabajo apoyado por un *statu quo* estructural y un consenso a menudo excusado e ignorado por las autoridades. Entre sus muchas recomendaciones, el informe sugería que la fuerza policial aumentara el número de sus miembros de raza negra y que todos los agentes asistieran a cursos de formación sobre racismo y diversidad cultural.

En 2004, y tras revisar de nuevo el caso, la Fiscalía General del Reino Unido anunció que no había suficientes pruebas para imputar a ninguno de los sospechosos de asesinar a Stephen Lawrence. En 2005 hubo un cambio legislativo que hizo posible, por primera vez en ochocientos años, la doble inculpación. O lo que es lo mismo: dejaba de ser ilegal juzgar a un sospechoso dos veces por el mismo crimen. Un nuevo análisis de las pruebas forenses condujo a un nuevo juicio contra los sospechosos de asesinar a Stephen Lawrence.

El 4 de enero de 2012, diecinueve años después de la muerte de Stephen, dos de los cinco sospechosos fueron considerados al fin culpables de su asesinato y sentenciados. Gary Dobson y David Norris eran adolescentes cuando mataron a Stephen. Cuando los encarcelaron eran hombres adultos, entrados en la

treintena. Mientras que la vida de Stephen Lawrence se había detenido a los dieciocho, la suya había continuado sin trabas, en parte gracias a la colaboración de la policía.

Los dos fueron condenados a cadena perpetua. En su sentencia, el juez Colman Treacy describió el crimen como un «asesinato que había dejado cicatrices en la conciencia de la nación». Fue una jornada prodigiosa para el Reino Unido, pese a que llegaba con retraso. Muchos se preguntaban cómo había podido fallar la policía tan estrepitosamente, y por qué había tardado tanto en hacerse justicia. Yo tenía tres años cuando murió Stephen Lawrence, y veintidós cuando dos de sus asesinos fueron sentenciados y encarcelados. La lucha de Doreen Lawrence por la justicia transcurrió en paralelo a toda mi infancia. Las noticias sobre el caso de Stephen Lawrence son unas de las pocas informaciones televisivas que se clavaron en mi memoria infantil. Un brutal ataque racista, un chico negro apuñalado y desangrado hasta la muerte, una madre desesperada por que se hiciera justicia. Su muerte me atormentaba. Empecé a perder la fe en el sistema.

Por aquel entonces tenía una sensación, un vago sentimiento de seguridad en algún lugar de mi mente que me decía que si un día volvía a mi casa y alguien había saqueado todas mis pertenencias y robado mis bienes de valor, podía llamar a la policía y ellos me ayudarían. Pero si algo me enseñó el caso de Stephen Lawrence es que hay ocasiones en las que no se puede confiar en que la policía vaya a ser justa.

Durante mucho tiempo, el umbral de lo que era o no permisible en materia de racismo lo marcaban las acciones de los extremistas y de los nacionalistas blancos, que son fáciles de censurar. Los radicales blancos siempre reciben una condena categórica por parte de los tres principales partidos políticos.

El reaccionario orgullo blanco, tan a menudo situado en el lado opuesto del progreso social, sigue estando ahí. Se manifiesta en las idas y venidas de grupos como el Frente Nacional, el Partido Nacional Británico y la Liga de Defensa Inglesa. Su actividad política —a veces son marchas por las calles de la ciudad con sudadera y pasamontañas, otras las reuniones políticas en las que llevan traje y fingen respetabilidad— tiene consecuencias reales para aquellos que no son blancos y británicos.

Si todo el racismo fuera tan fácil de detectar, de identificar y de denunciar como lo es el extremismo blanco, la labor de los antirracistas sería muy fácil. La gente cree que si no ha habido un ataque racista o alguien ha dicho «negro de mierda», no hay racismo. Que si no han escupido a un negro por la calle o un político extremista no ha lamentado que no haya trabajos británicos para trabajadores británicos, no hay racismo (y si el político trajeado ha dicho de verdad algo así, el racismo de su afirmación sería objeto de debate, ¡porque no es racista querer proteger tu país!). Luego está lo más evidente de todo: si el extremismo blanco es la vara con la que medimos si algo es racista o no, entonces ¿cómo y por qué florece el racismo en sectores en los que quienes los lideran no comulgan con la ideología de los extremistas blancos? El problema a la fuerza debe tener raíces más profundas.

Nos decimos a nosotros mismos que las buenas personas no pueden ser racistas. Queremos creer que el verdadero racismo solo anida en los corazones de los que son malvados. Nos repetimos que el racismo tiene que ver con los valores morales, cuando en realidad el racismo es una estrategia de supervivencia del poder sistémico. Cuando amplios sectores de la población votan por políticos y por iniciativas políticas que utilizan de forma explícita el racismo como herramienta de campaña, nos decimos a nosotros mismos que amplias por-

ciones del electorado *no pueden ser racistas*, porque eso les convertiría en monstruos desalmados. Pero esto no va de buenos y malos.

La naturaleza encubierta del racismo estructural hace que sea difícil pedirle cuentas. Se escurre con facilidad de entre tus manos, como una anguila. No es tan fácil de detectar como una bandera de San Jorge y un vientre desnudo en una marcha de la Liga de Defensa Inglesa. Muestra un rostro mucho más respetable.

Soy consciente de que la palabra «estructural» puede sonar y parecer abstracta. «Estructural.» ¿Qué significa en realidad? Utilizo la palabra «estructural», y no «institucional», porque creo que el racismo se desarrolla en espacios que van mucho más allá de nuestras instituciones. Tener una visión global ayuda a ver esas estructuras. El racismo estructural es docenas o centenares o miles de personas con los mismos sesgos reuniéndose para formar una organización, o actuando como si formaran parte de una. El racismo estructural es un ambiente de trabajo, creado por esas personas, impenetrablemente blanco, en el que cualquiera que queda fuera de los parámetros establecidos debe adaptarse o afrontar el fracaso. La palabra «estructural» es a menudo el único modo de capturar lo que pasa desapercibido: el escepticismo, los sesgos implícitos, los prejuicios sobre la competencia de alguien. El mismo año en que decidí que iba a dejar de hablar con blancos sobre racismo, el sondeo de Actitudes Sociales Británicas reflejó un significativo incremento en el número de personas dispuestas a admitir que eran racistas.⁴ El aumento era especialmente notable, según un artículo de *The Guardian*, entre «hombres profesionales blancos de entre 35 y 64 años, con educación superior y que reciben salarios elevados».⁵ Ese es el aspecto del racismo estructural. No solo es el prejuicio personal, sino las consecuencias de ese sesgo a nivel colectivo. Es el

tipo de racismo que puede poner serias trabas a las oportunidades de las que disfrutan los demás. Los hombres blancos con educación superior y que cobran un salario elevado es muy probable que sean propietarios, jefes, directores generales, directores de escuela o vicerrectores de universidad. Todos ellos son, casi sin ninguna duda, personas en posición de tener algún tipo de influencia en la vida de otros. Son, casi sin ninguna duda, el tipo de persona que crea un cierto ambiente laboral. Es poco probable que ninguno de ellos presuma de sus ideas políticas con sus compañeros de trabajo o con sus conocidos, por el estigma social que supone que te consideren racista. El suyo es un racismo encubierto. No se manifiesta escupiendo a desconocidos en la calle, sino en la sonrisa de disculpa con la que le explica a un pobre diablo que no ha conseguido el trabajo. Se manifiesta en el golpe de muñeca con el que lanza a la papelera un currículum porque el nombre del candidato parece extranjero.

El panorama que se dibuja en el Reino Unido es desolador. Numerosos estudios demuestran que el racismo está imbricado en el tejido de nuestro mundo. Hace falta una redefinición colectiva de lo que significa ser racista, de cómo se manifiesta el racismo y de lo que debemos hacer para acabar con él.

Es como si las personas negras estuvieran en desventaja en cada paso importante de sus vidas. Digamos que un niño negro empieza el colegio, la primera institución británica por la que pasará a la que no lo acompañarán sus padres. Mamá y papá sueñan, esperanzados, en lo que su hijo podría llegar a ser —artista, médico, el próximo primer ministro— cuando lo llevan al lugar en el que se preparará para alcanzar tan deseadas metas. Pero quizá deban moderar su entusiasmo, porque la evidencia sugiere que va a tenerlo todo en contra. Según el Ministerio de Educación, un escolar negro en el Reino Unido

tiene, en comparación con el resto de los alumnos, tres veces más posibilidades de ser expulsado de forma permanente.⁶ Pero supongamos que nuestro niño negro (siempre es un niño: no hay apenas estudios en este ámbito sobre niñas negras) consigue que no lo expulsen y prosigue su recorrido escolar hasta que llega el momento de presentarse a un examen. Nadie le dirá explícitamente que hay barreras invisibles en su camino, pero estarán ahí. A los once años, cuando esté estudiando para sus exámenes de fin de primaria, hay estudios que demuestran que sus propios profesores le puntuarán a la baja, un fenómeno que se remediará cuando examinadores de otras escuelas corrijan sus exámenes.⁷ Necesitará del anonimato para conseguir la nota que merece.

Solo por ser optimistas, imaginemos que nuestro imaginario alumno negro entra en una buena escuela secundaria, encuentra una asignatura que le encanta y decide que quiere ir a la universidad. Todos los indicios sugieren que su fortuna podría cambiar de forma radical, ya que, proporcionalmente, hay más estudiantes negros que blancos que cursan una educación superior tras el bachillerato. Pero, si se analiza por raza, el acceso a las universidades de prestigio del Reino Unido es desigual, ya que, siendo negro, es mucho menos probable que te acepten en una universidad de primer nivel, volcada en la investigación —como las del Grupo Russell—, que siendo blanco.⁸

Quizá el chico negro —a punto ya de convertirse en adulto— ha conseguido buenas notas y, pese a tenerlo todo en contra, accede a una buena universidad. Tres años después, actualizará sin parar la página de calificaciones de su universidad, impaciente por saber si la nota final de su grado universitario le servirá para conseguir un buen empleo. Cree que obtendrá al menos un notable alto, pero reza por tener un excelente, porque todas las ofertas de empleo que ha ojeado mencionan

de forma explícita que los graduados con un notable bajo o una nota inferior a esa no hace falta ni que se molesten en presentar su candidatura.

No queremos aguarle la fiesta, pero las perspectivas no son buenas. Entre 2012 y 2013, los estudiantes negros fueron los que en mayor proporción recibieron notas bajas —aprobados—, mientras que los estudiantes blancos fueron, en proporción, los que menos las recibieron.⁹ Teniendo en cuenta que proporcionalmente hay más estudiantes negros que blancos que acceden a la educación superior, es engañoso sugerir que la diferencia de rendimiento tiene que ver con una falta de inteligencia, talento o ambición. Vale la pena echar un vistazo a la palpable ausencia de rostros negros o mestizos entre quienes enseñan en la universidad para ver qué es lo que puede contribuir a ese fracaso sistemático. En 2016, la Agencia de Estadísticas de la Educación Superior reveló que casi el 70% de los profesores universitarios del Reino Unido eran hombres blancos.¹⁰ Lo cual dice mucho del aspecto que las universidades creen que tiene la inteligencia.

Como nuestro joven negro solo existe en este libro a modo de ejemplo, podemos imaginar que consigue salir del sistema educativo de una pieza, con un buen grado de una buena universidad, y con la mirada puesta en conseguir un buen trabajo, como todos los graduados. Aunque no puede saberlo, más allá del sistema educativo las drásticas disparidades raciales continúan. Quizá mire a los chicos blancos con los que fue a la universidad y vea que aquellos patanes borrachuzos pasan a ser jóvenes profesionales de aspecto impoluto. Tenaz y lleno de esperanza, nuestro joven negro seguirá enviando currículums, porque cree en la meritocracia. No hay ninguna diferencia entre él y sus compañeros blancos, piensa. Han asistido a las mismas clases y leído los mismos libros. Pero sus potenciales jefes podrían no verlo así. En 2009, investigadores con-

tratados por el Ministerio de Trabajo y Pensiones enviaron solicitudes de empleo, de un perfil similar en educación, habilidades e historia laboral, a varios potenciales empleadores. La única diferencia distintiva que había en las solicitudes eran los nombres, que o bien sonaban muy británicos o no sonaban británicos en absoluto. Los investigadores pudieron comprobar que a los solicitantes con nombres de persona blanca se los llamaba mucho más que a los que tenían nombres africanos o asiáticos.¹¹ «Se constató un elevado nivel de discriminación por nombre a favor de los solicitantes blancos», concluía el informe.

De modo que es posible que nuestro amigo de color pase un tiempo sin empleo y subsistiendo a duras penas. Un estudio de 2012 reveló que las medidas de austeridad habían afectado de forma particularmente dura a los hombres jóvenes negros, un perfil demográfico en el que ya se observaba un aumento del desempleo desde hacía tiempo, desde antes incluso de la crisis de 2008. Un alarmante 45 % de los hombres negros de entre dieciséis y veinticuatro años estaban sin empleo en 2012, frente al 27 % de 2002.¹² En un sentido más amplio, quienes pertenecen a minorías étnicas han tenido que enfrentarse históricamente, en Inglaterra y Gales, a tasas más bajas de empleo y más altas de paro que quienes son blancos.¹³ Los datos de las dos décadas que van de 1991 a 2011 reflejan que las cifras de desempleo son sistemáticamente más altas —más del doble— entre los hombres negros que entre los hombres blancos. La misma desventaja puede apreciarse en las mujeres negras caribeñas y africanas en comparación con las blancas.

Pero la vida es mucho más que una buena educación y un trabajo decente. La productividad no es lo único que hace que la existencia valga la pena. ¿Qué pasa con la vida social y personal de nuestro joven negro? De camino a una reunión con amigos, o a la facultad o al trabajo, podría ver cómo la policía

lo somete a una interpelación y registro. De hecho, casi seguro que tendrá algún tipo de contacto con la policía. En 2013, un estudio británico reveló que las personas negras tienen el doble de posibilidades de que se las acuse por posesión de drogas, pese a que su índice de consumo de sustancias estupefacientes es menor. La población negra también tiene mayores posibilidades de recibir un trato hostil por parte de la policía (siendo negro es cinco veces más probable ser acusado que solo advertido o amonestado) en caso de llevar droga.¹⁴ Nada de eso sorprenderá a nuestro joven, en cualquier caso, que estará acostumbrado a que la policía casi forme parte de su vida. Sin duda habrá visto a sus hermanos, tíos o amigos mayores cacheados por la policía de forma sistemática. De hecho, el implacable marcaje policial a la comunidad negra en el Reino Unido hace que los ciudadanos negros estén sobrerrepresentados en la base de datos nacional de ADN. Aunque no hay cifras recientes, un informe de 2009 de la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos calculó que en torno al 30 % de todos los hombres negros que residían en el Reino Unido estaban en su base de datos de ADN, frente al 10 % de los blancos y el 10 % de los asiáticos. Llegaron también a la conclusión de que los hombres negros tenían cuatro veces más posibilidades que los blancos de que sus perfiles de ADN acabaran formando parte de la base de datos de la policía. Lo que llevó a la comisión a manifestar: «Nos preocupa que la elevada proporción de hombres negros registrados en la base de datos (estimamos que al menos aparece uno de cada tres) pueda crear la impresión de que un solo grupo racial representa una “inserción foránea” de criminalidad».¹⁵

Ojalá que, con los años, nuestro hombre negro no sufra problemas de salud, ya sean físicos o mentales. Un estudio del Servicio Nacional de Salud (NHS, por sus siglas en inglés) de 2013 desveló que «los datos confirman de forma unánime que

las personas de ascendencia africana o caribeña están más en riesgo que cualquier otro grupo étnico en el Reino Unido de acabar internadas en un hospital psiquiátrico bajo los poderes otorgados por la Ley de Salud Mental», es decir, a la fuerza.¹⁶ Ese mismo año, una investigación sobre la muerte de David Bennett, un hombre negro que falleció en una unidad psiquiátrica, sentenció que «[los pacientes negros] tienden a recibir dosis más altas de medicación antipsicótica que los pacientes blancos con similares problemas de salud. Los trabajadores que se dedican a la salud mental los consideran, en general, más agresivos, más amenazantes, más peligrosos y más difíciles de tratar. Es también menos probable que reciban el alta y puedan reinsertarse en la sociedad, y más, por tanto, que permanezcan como pacientes de larga duración».¹⁷ Por otro lado, si nuestro imaginario hombre negro llega a anciano, tendrá menos probabilidades de recibir un diagnóstico de demencia que un hombre blanco. Y, si lo recibe, será en una fase más avanzada.¹⁸

Nuestro hombre negro verá cómo le ponen palos en las ruedas a cada paso. No habrá nadie que sea especialmente racista entre personas que trabajan en las instituciones con las que va a interactuar. Algunas de ellas también serán negras, de hecho. Pero en realidad no importa de qué raza sean. Ellas y él forman parte de una sociedad que es estructuralmente racista, de modo que no tiene nada de sorprendente que esos sesgos inconscientes se filtren en el trabajo que hacen cuando interactúan con el público general. Con un sesgo tan enquistado, en demasiados niveles de la sociedad, nuestro hombre negro ya puede esforzarse al máximo, que está jugando a un juego que tiene las cartas marcadas. Sus padres y sus compañeros le dirán que, si trabaja duro, podrá superar cualquier obstáculo. Pero la realidad pone de manifiesto que eso no es verdad, y que es excepcional que alguien consiga triunfar en un

entorno donde todo está preparado para que fracase. Algunos dirán incluso que si su éxito le pone en el punto de mira de un programa de acción afirmativa es por cumplir con una cuota, más que por su talento.

Las estadísticas son devastadoras. Pero no porque los negros carezcan de inteligencia, talento, educación, constancia o creatividad. Hay otras fuerzas en juego, y son más sinietras.

Hay muchos datos que apoyan la tesis de que, si naces negro en el Reino Unido, no disfrutarás de las mismas oportunidades que otros. Tendrás menos, y serán peores. Y, aun así, muchos insisten en que cualquier intento de nivelar el terreno de juego es conceder privilegios, y que debemos poner el foco en la igualdad de oportunidades (sin darse cuenta de que nivelar el terreno de juego es lo que permite que haya igualdad de oportunidades). No es nada nuevo. Hace más de una década, Neil Davenport dijo en un artículo en *Spiked Online* que «la acción afirmativa refuerza —más que ayuda a superar— la idea de que no todas las razas tienen las mismas capacidades».¹⁹ En lugar de presentarse como la solución a un problema sistémico, la discriminación positiva es señalada a menudo como uno de los factores que promueven la rampante «corrección política», al mismo tiempo que las cuotas son uno de los métodos para acabar con los entornos laborales homogéneos más discutidos de los últimos años. El método funciona un poco así: alguien con un cargo importante en una organización se da cuenta (ya sea por presiones internas o externas) de que su lugar de trabajo no refleja la realidad del mundo en el que vivimos y decide poner en marcha estrategias de contratación que reequilibren la balanza. Hay muchos sectores —de la política a los deportes o el teatro— en los que se considera que

sería conveniente la introducción de cuotas, pero la reacción es siempre de rechazo frontal.

En 2002, la Liga Nacional de Fútbol (NFL, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos introdujo medidas para paliar la ausencia de entrenadores negros en sus equipos. La norma Rooney, llamada así por Dan Rooney, el presidente del comité para la diversidad de la NFL, buscaba dar más oportunidades a las personas de color. Era una medida muy poco radical: consistía solo en que, cuando un puesto de entrenador u otro puesto técnico quedaba vacante, los equipos estaban obligados a entrevistar al menos a una persona negra o perteneciente a una minoría étnica para el trabajo. Solo se pedía eso: que una persona de color estuviera entre los preseleccionados. Los equipos no estaban obligados a contratar a esa persona en ningún caso. La norma no era una cuota. Ni se pedía que los candidatos fueran todos negros ni se exigía que un porcentaje elevado de ellos lo fuera. De hecho, como método para reequilibrar la balanza, era moderado y cauteloso. La norma Rooney se implementó un año después de aprobarse. Una década más tarde, la realidad parecía demostrar que estaba funcionando. En esos diez años, doce nuevos entrenadores negros habían sido contratados, y diecisiete equipos habían tenido un entrenador negro o latino, en algunos casos incluso de forma sucesiva. El consenso general era que los directivos de los equipos habían empezado a ver candidatos que no habrían tenido en cuenta de otro modo.

Cuando se cumplían esos diez años de su puesta en marcha, el éxito de la norma en Estados Unidos hizo que se pusiera sobre la mesa la posibilidad de importarla al fútbol británico. A algunos directivos les parecía una buena forma de acabar con el feo historial de racismo que arrastra este deporte; un modo de poner fin a los ruidos simiescos y los plátanos lanzados a jugadores negros en el terreno de juego de los años an-

teriores. El entonces presidente de la Federación de Fútbol, Greg Dyke, dio el visto bueno a la medida, y en declaraciones a la BBC en 2014 confirmó que el comité consultivo para la diversidad de la federación estaba contemplando la posibilidad de implementar una norma de ese estilo. En el fútbol británico, en 2015, los números, en materia de diversidad, no eran buenos. La presencia de personas negras y de otras minorías étnicas en ambas ligas era del 25 %, pero había un solo entrenador negro en primera división y seis en segunda. No había entrenadores negros en las cuatro divisiones más importantes de Escocia y solo uno en la primera división galesa.²⁰

Pese a lo inofensivo de la norma Rooney, la idea de aplicarla al fútbol británico cayó como un jarro de agua fría. El presidente del Blackpool FC, Karl Oyston, dijo que era «solo un intento de quedar bien» y «un insulto» para quienes formaban parte de este deporte.²¹ El entrenador del Carlisle United, Keith Curle, vino a decir que solo servía para acallar conciencias.²² Richard Scudamore, el director general de la primera división británica, la Premier League, puso en marcha en su lugar un plan para desarrollar una bolsa de trabajo de entrenadores negros, y calificó la norma Rooney de innecesaria.²³ Por el modo en que se hablaba de ello, podría pensarse que la federación planeaba no que se incluyera a una persona de color en una terna de candidatos, sino que los responsables de cada equipo fueran al supermercado más cercano y ofrecieran los puestos de mayor responsabilidad de su organización a la primera persona negra que encontraran en la sección de verduras. En 2016, la Liga de Fútbol presentó una propuesta para que la norma Rooney fuera de obligado cumplimiento. La Premier League decidió no contemplar siquiera la posibilidad de que se implementara con carácter voluntario.²⁴

En torno a la misma época en que la norma Rooney centraba todas las conversaciones en el Reino Unido, un debate

no muy distinto se desataba en el sector de los negocios. El entonces ministro de Economía, Vince Cable, sometió a discusión un plan para diversificar los consejos de dirección de las empresas, con el objetivo declarado de conseguir que en solo cinco años un 20 % de directores del FTSE100, el índice bursátil de referencia del Reino Unido, fueran negros y de otras etnias minoritarias. Un estudio realizado ese mismo año desveló que más de la mitad de las empresas del FTSE100 no tenían a nadie de color en su consejo de dirección.²⁵ La iniciativa de Cable resultaba muy estimulante, sobre todo porque, hasta aquel momento, el debate sobre los consejos de dirección se había centrado en el género, y desde una perspectiva muy blanca. Pero, de nuevo, la idea generó rechazo. El director general de la organización empresarial Institute of Directors, Simon Walker, dijo a *The Telegraph*: «Las empresas aspiran a nombrar a los miembros de sus consejos de dirección en función de su competencia. No siempre toman buenas decisiones, pero no hay indicios de que se aplique un prejuicio racial sistemático en lo más alto del empresariado británico».²⁶

En 2015, un debate sobre la posibilidad de instaurar cuotas que garantizaran la presencia de más mujeres y personas de color en la magistratura llevó al juez Brian Leveson a decir, en un coloquio, que la idea le resultaba degradante. «Crear un requisito de nombramiento no por méritos sino para conseguir un equilibrio de género o étnico —anunció a su audiencia—, llevará de forma inevitable a inferir que esos nombramientos decididamente no están solo basados en el mérito.»²⁷ Aunque se creó en 1875, el Tribunal Supremo británico no dio la bienvenida a su primera juez negra, *dame* Linda Dobbs, hasta 2004. Nacida en Sierra Leona, Dobbs se formó como abogada en el Reino Unido y se colegió en 1981. En una entrevista para la campaña «First 100 Years», habló de la discriminación que había sufrido: «Era difícil quejarse de algo en esos tiempos. No

había mecanismos. No había grabaciones de nada, de modo que tratar de demostrar que, bueno, que te estaban discriminando era en verdad muy difícil».²⁸ Linda Dobbs se retiró en 2013. En 2015, solo el 7 % de los jueces de todos los tribunales británicos eran negros o de otra minoría étnica.

Cuando se habla de mujeres, la falta de representación suscita llamamientos a que se impongan cuotas. Un estudio de 2015 de la London School of Economics reclamaba cuotas de género en todos los empleos públicos y privados. Cuando una encuesta del mismo año mostró que menos del 20 % de los ejecutivos del distrito económico de Londres pertenecía al género femenino, las mujeres del sector financiero comenzaron a reclamar cuotas para paliar la sobrerrepresentación masculina.²⁹ Y en 2013 más de la mitad de las mujeres que trabajaban en la construcción —muchas de ellas en empresas en las que las mujeres eran solo el 10 % del personal— apoyaron la idea de las cuotas.³⁰

Sin embargo, cuando se trata de racismo, el lenguaje que se utiliza es mucho menos concreto. En lugar de hablar de cuotas —donde el progreso puede medirse con cifras—, se plantean soluciones mucho menos definidas. El director de la Oficina de Control de los Niveles de Educación, Servicios y Formación a la Infancia propuso realizar una acción de discriminación positiva en la campaña de contratación de nuevos maestros de 2015, y subrayó que los profesores debían ser un reflejo, también en materia de mestizaje, de los alumnos a los que enseñaban.³¹ Siendo jefe de policía del área metropolitana de Manchester, sir Peter Fahy reclamó un cambio en la legislación sobre igualdad, de modo que las comisarías pudieran aplicar una discriminación positiva a la hora de contratar a agentes negros, pero quiso dejar claro que no se trataba de marcarse «un objetivo».³² Parecería que el origen tanto de la subrepresentación de raza como de la de género es en esencia el mismo, pero las soluciones que se proponen para cada uno

de esos problemas son radicalmente diferentes. Y, cuando no hay un objetivo cuantificable tras los programas de discriminación positiva, existe el peligro de que parezca que están consiguiendo algo, cuando en realidad no es así.

Los programas de discriminación positiva se enfrentan a menudo a una fuerte oposición. Al estar hechos para combatir la sobrerrepresentación de la población blanca hace que se perciban a menudo como una iniciativa superficial, cuando no un insulto a todas esas personas que trabajan duro y que han logrado sus empleos de primera categoría solo gracias a sus méritos. En todas las mesas redondas a las que asisto, la meritocracia y las cuotas son temas que tienden a salir una y otra vez. Las preguntas más repetidas son: ¿es justo? ¿Que haya cuotas significa que las mujeres y las personas de color están recibiendo un tratamiento especial, que obtienen ventajas de las que los demás no disponemos? ¿No deberíamos juzgar a los candidatos solo por sus méritos? La premisa detrás de cualquier argumento en contra de la discriminación positiva es que eso no es jugar limpio.

Se insiste en el mérito, dando por supuesto que los actuales directivos, mayoritariamente blancos, de cualquier industria han llegado a donde están con mucho esfuerzo y sin ninguna ayuda externa, como si ser blanco no fuera ya una ventaja de por sí, como si no fuera algo que predispone al entrevistador favorablemente hacia el candidato, por pura familiaridad. En los sectores que he mencionado con anterioridad la representación racial es raquítica, y hay que ser muy ingenuo para creer de verdad que la homogénea sobreabundancia de hombres blancos de mediana edad que en la actualidad copa los puestos directivos de la mayoría de las profesiones ha llegado a donde está solo por su talento. No vivimos en una meritocracia y fingir que el trabajo duro, y solo eso, es suficiente para conseguir el éxito es un ejercicio de ignorancia deliberada.

Que te pongas a la discriminación positiva porque dudas de que así vaya a contratarse a la mejor persona para el puesto pone, sin tú saberlo, en evidencia el aspecto que crees que tiene el talento, y el tipo de persona en el que crees que reside. Porque si el sistema actual de trabajo funcionara correctamente, y si las prácticas de contratación estuvieran captando y promocionando con éxito a las personas correctas para los trabajos correctos en todas las circunstancias, tengo serias dudas de que tantas posiciones de liderazgo fueran a estar ocupadas por hombres de mediana edad blancos. Quienes insisten en la imparcialidad están ignorando que la situación actual está lejos de ser imparcial. Cuando se recuerda la falta de diversidad, hay quien menciona la realidad demográfica del Reino Unido y alega que como solo una minoría de la población no es blanca, es ese porcentaje, y solo ese, el que debería estar representado en las organizaciones. Ese enfoque matemático sí que puede desembocar en iniciativas solo superficiales, porque supone fijar el foco en la cantidad de personas, en lugar de hacerlo en contratar a las personas adecuadas, las que trabajarán en interés de los marginados. La representación no siempre significa que quien representa vaya a trabajar a favor de los que necesitan representación.

En honor a la verdad, hubo un tiempo en que yo pensaba que los esfuerzos por ampliar las cuotas de representación negra resultaban sospechosos. No entendía qué necesidad había de ello. Tampoco entendía por qué cuando era pequeña mi madre me decía que tenía que esforzarme el doble que mis compañeros blancos. Para mí, éramos todos iguales. De modo que cuando, estando ya en la universidad, mi madre me reenvió un formulario para solicitar una plaza de prácticas en un periódico de tirada nacional a través de un programa de diversidad, me enfurecí, me indigné y me sentí avergonzada. Al principio me negué de pleno a presentarme. Le dije: «Si voy a

competir contra mis compañeros blancos, quiero hacerlo en igualdad de condiciones». Pero, tras insistir un poco, mi madre logró convencerme. Presenté la solicitud, superé la entrevista y acabé consiguiendo las prácticas.

Algunas cosas se me hicieron evidentes nada más empezar a trabajar allí. En la fase de las entrevistas, yo era una de las pocas solicitantes que no estaba estudiando, o se había graduado ya, en Oxford o Cambridge. Luego, durante las propias prácticas, entendí enseguida por qué aquel programa era necesario. Para mí, en aquella época, los programas de prácticas dirigidos específicamente a personas negras y de otras minorías étnicas eran en esencia injustos, pero en cuanto entré por la puerta me di cuenta de que los rostros negros que trabajaban allí era más probable que estuvieran preparando la comida o encargándose de la limpieza que tomándole el pulso a la actualidad. Por otra parte, por aquel entonces era raro pasar por tantas formalidades para hacer unas prácticas. Hasta hace relativamente poco, las prácticas en medios de comunicación se conseguían por el boca a boca y por nepotismo, es decir, por conocer a alguien que conocía a alguien que conocía a alguien. Si no había alguien en tu familia, grupo de amigos o red de contactos que trabajara en la profesión, o no estabas dispuesto a trabajar gratis, te quedabas fuera. Yo tuve que trabajar varios meses de dependienta para poder permitirme trabajar sin cobrar durante tres semanas, y eso que mi familia vivía en Londres, de modo que mis gastos eran mínimos.

Fue entonces cuando tuve que aceptar, de mala gana, que los programas de discriminación positiva no van de llenar el lugar de negros, a expensas de las personas blancas, sino de conseguir que las organizaciones sean un reflejo de la sociedad a la que sirven.

Cuando hablo de racismo estructural no estoy hablando de personas de color, inocentes y puras, sometidas a persecución por parte de malvadas personas blancas, llenas de malas intenciones. No, a lo que me refiero es al modo en que el Reino Unido se relaciona con todo lo que tiene que ver con la raza, y cómo eso contamina y distorsiona la igualdad de oportunidades. Creo que cuando decimos que no vemos la raza e insistimos en la falacia de la meritocracia lo que hacemos es tranquilizar nuestras conciencias. Queremos creer que somos progresistas. Pero decir que no vemos la raza es lo mismo que decir que creemos en la asimilación forzosa. Mi negritud ha sido politizada en contra de mi voluntad, pero no quiero que se ignore en un intento de instaurar un cierto tipo de falsa y precaria armonía. Y aunque muchos se tranquilizan a sí mismos con la mentira de que no ven la raza, las drásticas diferencias de oportunidades que acabo de mencionar demuestran que lo que nuestras instituciones predicán no se está llevando a la práctica.

En la era de la ceguera ante la raza —en la que nos engañamos a nosotros mismos con la mentira de la meritocracia—, para que unos prosperen otros deben permanecer en silencio. En 2014 entrevisté a la feminista negra Kimberlé Crenshaw, doctora e investigadora, y le pregunté por la estrategia de alegar «no ver» la raza. «Es esa idea de que, para eliminar la raza, tienes que eliminar todo el discurso, incluidos los esfuerzos por reconocer las estructuras y jerarquías raciales y afrontarlas —dijo—. Es esa gente de ideas cosmopolitas, con una actitud muy del siglo XXI, muy de “intento que no me lastren las cargas del pasado, y tú deberías hacer lo mismo”. También están los que se consideran a sí mismos de izquierdas, progresistas y muy críticos, y que a veces se unen a los liberales posraciales y los conservadores “que no ven la raza” para decir: “Si de verdad queremos ir más allá de la raza, debemos dejar de hablar de razas”.»

El argumento de la ceguera ante la raza es pueril y tiene un recorrido muy corto. Empieza y acaba en un «discriminar a alguien por el color de su piel es malo», pero sin rendir cuentas por el modo en que el poder estructural se manifiesta en ese tipo de intercambios. Esa definición de racismo, nacida de un análisis tan inmaduro, se emplea a menudo para silenciar a las personas de color que tratan de poner en palabras el racismo al que nos enfrentamos. Cuando las personas negras se permiten señalarlo, se las acusa de racismo contra las personas blancas, y con ello se sigue evitando rendir cuentas. La ceguera ante la raza no acepta la legitimidad del racismo estructural o que haya una historia de dominio racial blanco.

Nos decimos a nosotros mismos una y otra vez —y peor aún: se lo decimos a nuestros hijos— que es mentira que todos seamos iguales, pero que es una mentira bienintencionada. Apenas somos capaces de reconocer la flagrante segregación racial que ha habido durante mucho tiempo. Pero recrearse en el mito de que todos somos iguales equivale a negar el legado económico, político y social de una sociedad, la británica, que se ha organizado históricamente por raza. La realidad es que, en términos materiales, no estamos ni siquiera cerca de ser iguales. El estado de las cosas es brutalmente injusto. Es un constructo social que se creó para perpetuar el dominio y la injusticia. Y la *diferencia* de la que las personas de color son vagamente conscientes desde su nacimiento no es buena. Está cargada de racismo, de estereotipos racistas y, en el caso de las mujeres, de misoginia racializada.

A los niños blancos se les enseña a no «ver» la raza, mientras que a los niños de color se nos enseña —a menudo sin más explicaciones— que debemos esforzarnos el doble que nuestros compañeros blancos si queremos tener éxito. Hay una disparidad ahí. La ceguera ante la raza no va a la raíz del racismo. Entretanto, es casi imposible para los niños de color cre-

cer al margen de los estereotipos racistas, aunque si uno de nosotros consigue hacerse muy rico puede fingir que ya no le afectan.

La ceguera ante la raza no ayuda a deconstruir las estructuras racistas ni a mejorar sustancialmente las condiciones de vida de las personas de color. Para dismantelar estructuras injustas y racistas es necesario que veamos la raza. Es necesario que veamos quién se beneficia de su raza, quién se ve perjudicado de un modo desproporcionado por los estereotipos negativos asociados a su raza y a quién se concede todo el poder y el privilegio —ganados a pulso o no— gracias a su raza, su clase o su género. Ver la raza es esencial para cambiar el sistema.

¿QUÉ ES EL PRIVILEGIO BLANCO?

A los cuatro años, le pregunté a mi madre cuándo me volvería blanca, porque todos los buenos en televisión eran blancos, y todos los malos eran negros o mestizos. Me consideraba una buena persona, de modo que pensé que en algún momento me volvería blanca. Mi madre aún recuerda mi mirada de decepción cuando me dio las malas noticias.

Lo neutro es blanco. El color por defecto es el blanco. Cuando nacemos hay un guion ya escrito que nos dice lo que debemos esperar de los desconocidos según el color de su piel, su acento y su estatus social, y en ese guion la humanidad entera es de color blanco. La negritud, en cambio, es «lo otro» y por tanto hay que sospechar de ella. Aquellos a los que se señala como amenaza, en nuestra representación colectiva de la humanidad, no son blancos. Ese mensaje tiene tanto peso que mi yo de cuatro años ya lo había descifrado, solo mirando la televisión, al ver que todos los personajes que tenían mi aspecto eran criminales, en el peor de los casos y, en el mejor, el amigo gracioso del protagonista.

¿Cómo definir el privilegio blanco? Es tan difícil definir una ausencia... Y el privilegio blanco es la ausencia de las consecuencias negativas del racismo. La ausencia de discriminación

estructural, la ausencia de que tu raza sea vista sobre todo y en primer lugar como un problema, la ausencia del premio al «menos probable que triunfe por su raza». Es la ausencia de miradas raras dirigidas a ti por estar en lo que los demás creen que es el lugar equivocado, la ausencia de expectativas culturales, la ausencia de violencia ejercida sobre tus ancestros por el color de su piel, la ausencia de una vida entera de sutiles marginaciones y alienaciones, de que te excluyan de la narrativa del ser humano. Describir y definir esa ausencia equivale, hasta cierto punto, a cuestionar el papel central de la blanquitud, y a recordar a las personas blancas que su experiencia no es la norma para el resto de nosotros. Es, desde luego, mucho más fácil identificar el privilegio blanco cuando no lo tienes, y yo puedo hacerlo porque lo veo desde fuera de la insularidad de la blanquitud. Quise ser blanca una vez, pero también sabía, en algún lugar de mi mente, que tratar de asimilarme solo me convertiría en una pobre imitación de lo que nunca llegaría a ser.

Quizá os sorprenda saber que fue un hombre blanco el primero que le dio nombre al privilegio blanco. Theodore W. Allen nació en Indianápolis, Indiana, en 1919 y fue sindicalista. Quedó profundamente impresionado por el movimiento por los derechos civiles de Estados Unidos de la década de 1960, y la lectura de escritores negros como W. E. B. Du Bois lo llevó a explorar lo que llamó «el privilegio de la piel blanca». La suya era una perspectiva anticapitalista sobre la raza dentro del movimiento obrero. En 1967, dándole vueltas a la sobada frase del movimiento por los derechos civiles «si hieren a uno, nos hieren a todos», escribió: «La herida que se le inflige al trabajador negro tiene su contrapartida en el privilegio del trabajador blanco. Esperar que el trabajador blanco ayude a curar la herida del negro es pedirle que vaya en contra de sus propios intereses».¹

Para algunos, la palabra «privilegio» usada en relación a la blanquitud invoca una vida repleta de lujos, de la opulencia y holgura de los superricos. Pero cuando yo hablo de privilegio blanco no quiero decir que los blancos lo tengan fácil, que nunca hayan tenido que pelear por nada o que no hayan vivido nunca en la pobreza. A lo que me refiero es al hecho de que, si eres blanco, casi seguro que tu raza, de algún modo, ha tenido un impacto positivo en tu trayectoria vital. Y probablemente tú ni siquiera te hayas dado cuenta de ello.

El privilegio blanco es una de las razones por las que dejé de hablar con blancos de racismo. No me apetecía enfrentarme a más rostros pétreos llenos de incredulidad. El concepto de privilegio blanco obliga a las personas blancas que no son activamente racistas a enfrentarse al hecho de que son en parte cómplices de que exista. El privilegio blanco es una complacencia embotada y monótona. En un mundo en el que la severa desigualdad racial tiene como única respuesta un encogimiento de hombros, es simplemente la norma.

Convendría que todos examináramos de qué forma el sistema nos beneficia de forma injusta, a nosotros personalmente. Hace unos años, me vi teniendo que hacer un viaje de cuatro horas, entre ida y vuelta, para ir al trabajo, y me di cuenta de que la única manera de que no se disparara el coste del trayecto era haciendo la mitad del camino en tren y la mitad en bicicleta. Una verdad incómoda se me reveló al empezar a acarrear mi bicicleta arriba y abajo por los tramos de escaleras de las estaciones de tren de cercanías: la mayor parte del transporte público en el que había estado viajando no era accesible. No había rampas, ni ascensores. Era casi imposible el acceso para las personas que empujaban carritos, iban en silla de ruedas o tenían problemas de movilidad y se desplazaban con caminadores o bastones. Antes de tener mis propias ruedas que transportar, jamás me había percatado del problema.

Había vivido al margen del hecho de que esa falta de accesibilidad afectaba a centenares de personas. Y solo cuando el problema se convirtió en algo que me afectaba a mí empezó a enfurecerme.

Tengo que ser sincera conmigo misma. Escribo desde fuera del privilegio blanco, pero en muchos sentidos también disfruto de él. He recibido una educación universitaria, no tengo discapacidades y hablo y escribo de forma muy parecida a la de aquellos que critico. Camino y me muevo como ellos, y en parte es por eso por lo que se me toma en serio. Cuando hablo de perspectivas hechas añicos y de falsa objetividad disruptiva, tengo que recordar que hay factores en mi vida que hacen que mi voz se oiga por encima de la de otros.

El racismo se confunde a menudo con el prejuicio, y a veces ambos términos se usan indistintamente. Es otro argumento que se blande en contra de los antirracistas, que se ven obligados a contemplar cómo aquellos que desean socavar el movimiento se encienden al hablar de discriminación contra los blancos por ser blancos. Hay negros que sienten un odio acerado por los blancos, dirán, y es inaceptable. Es «racismo a la inversa», insistirán. Las personas de color tienen prejuicios, eso es cierto. Hace años, en un establecimiento de cocina caribeña al que había ido a comprar algo de comer, el propietario me saludó con una sonrisa y esperó tras el mostrador a que se marcharan unos clientes blancos antes de confesarme que guardaba los mejores trozos de carne para «personas como nosotros». Sí, ese hombre tenía prejuicios. Sí, mi comida estaba deliciosa. No, el propietario de ese establecimiento no tiene, pese a sus sentimientos hacia ellos, ningún poder sobre las oportunidades que tendrán en la vida sus clientes blancos. Su poder de influencia se limita a la comida que les sirve.

Esa es la diferencia entre racismo y prejuicio. Se dice a menudo que el racismo es prejuicio más poder. Los perjudicados por el racismo sin duda pueden ser crueles y vengativos, y estar llenos de prejuicios. Todo el mundo puede ser desagradable con los demás y es capaz de juzgarlos antes de conocerlos. Pero lo cierto es que no hay suficientes personas negras en posiciones de poder como para que las personas blancas sufran racismo a una escala similar a la que opera en la actualidad contra la población negra. ¿Están las personas negras sobrerrepresentadas en lugares y espacios donde el prejuicio pueda tener un efecto real? La respuesta es casi siempre un no.

Hace unos años acabé hablando de racismo con la novia de un amigo, una chica blanca francesa. Le expliqué con sinceridad algunas de mis experiencias. La conversación estaba yendo bien, y ella me hablaba de los problemas que había tenido por ser la única mujer, y la persona más joven, en su lugar de trabajo, y de la necesidad que sentía de esforzarse el doble para demostrar a sus superiores que era tan competente como los demás. Nos estábamos entendiendo, y veíamos que teníamos algunas cosas en común. Le conté que una vez me entrevistaron para un trabajo y luego supe, por amigos comunes, que se lo habían dado a una mujer blanca de mi edad con casi la misma experiencia laboral que yo tenía entonces. Para mí, había sido como un bofetón, como recibir el impacto del racismo estructural en la cara, un caso de esos de los que solo oyes hablar cuando se mencionan las cifras de desempleo de las personas de color, pero que nunca sabes de boca de las personas directamente afectadas.

Acto seguido ella dijo: «No sabes si eso fue racismo. ¿Cómo sabes que no fue otra cosa?». Me habló de la rabia y el miedo que sintió cuando una vez un hombre argelino la acusó de racista. La enfureció darse cuenta de que hay gente que utiliza el

racismo para silenciar a las personas blancas. Aquel hombre, dijo, debería haber tenido en cuenta que tal vez no gustaba a los demás porque no actuaba demasiado bien. Se sintió intimidada, aseguró, porque él era un hombre y pensó que podía ponerse agresivo.

Yo fui ingenua. Nos habíamos entendido bien hasta entonces, de modo que tenía fe en ella, y pensé que sería capaz de ver las condiciones estructurales que permitían que una situación como aquella pudiera ocurrir. Así que la animé a tener en cuenta la suspicacia y la rabia de alguien que ha sufrido racismo durante toda su vida. Pensé que podría convencerla para ver más allá de sí misma y tener en cuenta unos parámetros más amplios. Pero cada una de sus palabras sonaba como las que dicen quienes defienden la blanquitud. Es como si todos se aprendieran la misma partitura.

Enseguida me puse a considerar las implicaciones sociales del lógico resultado de nuestra conversación, donde la opinión general sería que yo estaba equivocada, porque así es como se mantiene el *statu quo* blanco. Si me hubiera puesto a discutir con ella, me habría arriesgado a no ser bienvenida de nuevo en aquella casa, porque habría «creado una situación incómoda». Se me habría considerado una «racista a la inversa», una persona problemática, colérica y poco razonable, quizá incluso simpatizante de las medidas violentas. No valía la pena exponerme a ese tipo de exclusión social. De modo que no dije nada.

El privilegio blanco se manifiesta en todos y en nadie en particular. Todo el mundo es cómplice, pero nadie quiere asumir la responsabilidad. Enfrentarse a ese privilegio puede tener consecuencias reales a nivel social. Es una hidra de muchas cabezas, de modo que hay que escoger con cuidado a las personas blancas con las que hablar de raza y racismo. No disfrutas del privilegio de unirse a una discusión sobre racismo sa-

biendo que los demás participantes parten del mismo lugar que tú. Sacar el tema en una conversación es como accionar un interruptor: tanto si estás hablando con alguien que acabas de conocer como con una persona con la que siempre te has sentido segura y a gusto, nunca vas a poder saber si ese debate va a convertirse en una situación en la que vas a temer por tu integridad física o tu posición social.

El privilegio blanco es manipulador y sofocante, y recubre todo lo que conocemos, como un día de nieve. Es brutal y opresivo, y no te deja alzar la voz, por miedo a perder a los que quieres, o perder tu trabajo, o tu piso. El miedo hace que te censures a ti misma: te prohíbes hablar con sinceridad sobre tus sentimientos sin antes evaluar con detalle las consecuencias. Me he mordido la lengua tan fuerte, en tantas ocasiones, que temo quedarme sin ella.

Y, por supuesto, plantarle cara a ese privilegio puede tener consecuencias en tu vida. Puedes perder ofertas de trabajo por hablar abierta y sinceramente en internet sobre el modo en que has experimentado y en que percibes el racismo. Hace unos años, en una entrevista para un puesto administrativo, un potencial compañero de trabajo se encaró conmigo por algo que yo había tuiteado sobre el tema. Teniendo en cuenta el tipo de trabajo de baja cualificación al que optaba, no creo que semejante intervención fuera necesaria. El privilegio blanco es retorcida y asfixiantemente astuto, porque es el propietario de las compañías que te contratan, de las industrias en las que quieres trabajar, de modo que si necesitas dinero para vivir te ves obligada a satisfacer sus necesidades (convertí en privada mi cuenta de Twitter tras ese incidente y en mis futuros empleos traté de que las conversaciones nunca fueran más allá de lo superficial). El privilegio blanco te convence de que bajas la guardia con las personas blancas, te asegura que se te tomará en serio, pero al mismo tiempo que no te sorprenda si una

conversación acaba poniendo de relieve tus diferencias respecto a tus colegas blancos. El privilegio blanco te lleva a situaciones tan perversas como que te sientas más cómoda con personas de extrema derecha abiertamente racistas, porque al menos con ellas sabes cuál es su posición; con ellas, los límites están claros.

Lo que está oculto es mucho más difícil. Acabas esperándolo, pero no llegas nunca a aceptarlo. Aprendes a escoger tus batallas, porque, si no, la gente podría pensar que estás enfadada sin motivo. Que eres una persona problemática a la que no se puede tomar en serio, una mujer negra enfadada que vive obsesionada con la raza.

En enero de 2012, solo dos días después de que los asesinos de Stephen Lawrence fueran condenados a cadena perpetua, se formó una especie de tormenta de Twitter sobre una de las pocas diputadas negras del Reino Unido, Diane Abbott —representante de Hackney North y Stoke Newington—, cuando intercambiaba opiniones en esta red social con la periodista Bim Adewunmi sobre la cobertura en la prensa del veredicto. Con un solo tuit y sin darse cuenta, Abbott desató uno de los mayores escándalos relacionados con el racismo contra las personas blancas de la historia británica reciente. En un artículo para *The Guardian*, Bim explicó cómo empezó todo.² «Estábamos comentando el juicio, la sentencia y la condena de Gary Dobson y David Norris por el asesinato de Stephen Lawrence, y yo dije: “Me gustaría de todas formas que todo el mundo dejara de hablar de ‘la comunidad negra’”. Desarrollé lo que quería decir en otro tuit: “En relación a mi tuit sobre la ‘comunidad negra’: lo que no me gusta es que en general se usa sin pensar. Lo mismo en el caso de ‘líderes de la comunidad negra’”. La diputada de mi distrito, Diane Ab-

bott, replicó: “Entiendo a qué te refieres desde un punto de vista cultural. Pero estás entrando en el juego de ‘divide y vencerás’”. Hubo un estira y afloja durante varios tuits y luego Abbott envió el mensaje que desató la polémica: “A las personas blancas les encanta jugar a ‘divide y vencerás’. No deberíamos seguirles el juego. #esunatóticatanviejacomoe colonialismo”.»

Ahí es cuando ardió Troya. Las previsiones informativas cambiaron de inmediato. Los editoriales de prensa, los reportajes de radio y los programas de televisión dejaron de hablar de Stephen Lawrence, los matices del racismo institucional o las realidades y miedos de nacer negro en el Reino Unido. La noticia era ahora el racismo contra las personas blancas. El racismo es un carril de dos direcciones, insistían los detractores de Abbott. El periodista Toby Young escribió en *The Daily Telegraph*: «¿Se imaginan el revuelo si un diputado conservador de su misma importancia dijera en Twitter algo parecido sobre la población negra?».³ Hasta los compañeros de Diane en el Partido Laborista la acusaron, cuando salieron en su defensa, de utilizar un tono «enérgico y combativo»,⁴ como si el problema fuera el tono de su tuit y no la injusticia que señalaba. De modo que mientras los conservadores blancos británicos insistían en que aquello era «racismo a la inversa» y que era tan imperdonable como asesinar a un adolescente negro desarmado, los liberales blancos británicos estaban terriblemente preocupados por que el tono brusco del tuit de Abbott pudiera arruinar todo su duro trabajo, e insistían en que solo con añadir la palabra «algunas» se habría rebajado su impacto.

En realidad no habría importado que fueran algunas personas blancas, todas las personas blancas o ninguna. Lo que buscaban quienes comentaban la jugada —fueran o no conscientes de ello— no era que se abriera un debate sobre el racismo en el Reino Unido. Lo que buscaban era tapar, frustrar

y evitar como fuese una conversación de mayor calado. No hay más que ver quiénes son las personas más influyentes del Reino Unido —las que configuran la política nacional y dictan las agendas políticas— para que las conclusiones empiecen a estar claras. Las cifras oficiales de la Cámara de los Comunes dejan claro que el 94 % de los diputados del Parlamento británico son blancos.⁵ Diane Abbott, una de las pocas mujeres negras en el Parlamento, la persona que había dicho algo que se salía de la esfera de la amabilidad blanca, era, está claro, diferente. Abbott había agitado las aguas y estaba pagando por ello.

Que el ciclo de noticias cambiara tan de repente, sin embargo, no tenía que ver con los imaginarios horrores del racismo contra los blancos. En este acoso y derribo desde múltiples frentes a una de las más prominentes diputadas negras del Reino Unido había algo mucho más cínico, lo que los investigadores Alana Lentin y Gavan Titley llaman «victimismo blanco»: ⁶ el esfuerzo por parte de los poderes fácticos de cambiar el rumbo de las conversaciones sobre los efectos del racismo estructural para proteger a la blanquitud de la más necesaria y rigurosa de las autocríticas. El juicio por la muerte de Stephen Lawrence fue quizá lo más cerca que ha estado el Reino Unido de un debate nacional sobre la naturaleza insidiosa del racismo estructural y sobre el modo en que se manifiesta en forma de mentalidad colectiva —en parte por malicia, en parte por descuido e ignorancia— para ayudar calladamente a unos mientras pone trabas a los otros. Pero al darle la vuelta al debate para entablar otro únicamente sobre el racismo contra los blancos, ese diálogo colectivo se había interrumpido de golpe. Perdimos la oportunidad, como nación, de examinar el impacto del legado del racismo británico. En lugar de eso, montones de personas muy importantes nos recordaron que el racismo circula en dos direcciones. Nos quedamos sin la posibilidad de

una conversación largamente pospuesta, y lo que reveló, en realidad, el debate perverso que resultó de ello fue una obsesión por evitar que habláramos sobre raza en el Reino Unido. Una consecuencia tan antigua como el colonialismo.

Señalar el modo en que este país ha hecho uso del «divide y vencerás» como estrategia política se consideró, en resumidas cuentas, un ataque contra la misma esencia de la sensibilidad británica. La reacción hostil contra Diane Abbott no tenía que ver con defender a un grupo de personas asediadas, calumniadas de forma constante en los medios de comunicación que consumimos cada día. No, la discusión sobre el racismo a la inversa era más bien un intento de la prensa británica de cerrar filas alrededor de lo que les interesaba proteger: la blanquitud como poder falsamente neutral y objetivo. Durante demasiado tiempo, la blanquitud se ha posicionado como el autodenominado y autorreferencial árbitro de los problemas raciales en los medios de comunicación, donde ha vertido profundas reflexiones, sin el menor rastro de autocrítica, sobre por qué las comunidades negras y mestizas tienen semejante inclinación a la violencia y a la pobreza.

En 2012, la condena a dos de los asesinos de Stephen Lawrence podría haber abierto un debate nacional sobre racismo. Podríamos haber discutido sobre el modo en que la policía le falló a la familia de Stephen en su búsqueda de la justicia (en 2016, una investigación de la Comisión Independiente de Quejas contra la Policía reveló que, durante la chapuza que fueron las pesquisas de asesinato, un agente de incógnito espiaba a la familia Lawrence).⁷ Podríamos habernos preguntado, como país, si de verdad es aceptable tardar dos décadas en condenar a solo dos miembros de la banda que asesinó a un joven inocente. Podríamos habernos preguntado si eso nos avergonzaba. Quizá podríamos haber hablado del hecho de que el racismo solo había sido una prioridad política desde

hacía menos de medio siglo. Podríamos haber tenido un debate sobre disturbios y sobre raza, sobre rendir cuentas y sobre cómo seguir avanzando a partir del caso más famoso de racismo del Reino Unido. Podríamos haber tenido una conversación sobre cómo empezar a eliminar el racismo. Podríamos haber empezado preguntándonos los unos a los otros sobre la mejor manera de curar esa herida. Podría haber sido un punto de inflexión. Pero en lugar de eso tuvimos una conversación sobre el racismo contra las personas blancas.

El racismo no es un carril de doble dirección. Hay formas muy particulares de discriminación auspiciadas por el privilegio y la reafirmación y, sobre todo, respaldadas por un poder estructural con el suficiente poder intimidatorio como para obligarte a cumplir con las demandas del *statu quo*. Y eso es algo que tenemos que reconocer.

En teoría, nadie tiene ningún problema con el antirracismo. A la hora de la verdad, sin embargo, en cuanto alguien empieza a actuar contra el racismo, no dejan de aparecer analistas convencidos de que los antirracistas no saben lo que hacen. Ocurre incluso entre personas que se consideran progresistas.

En 2014, Charlie Winstanley escribió para el *Weekly Worker* un artículo en el que hablaba sobre el desprecio absoluto que le inspiraba una discusión sobre racismo que había tenido lugar en la formación política socialista de la que formaba parte. «Así —escribía—, los grupos oprimidos se sitúan en el centro de cada debate, respaldados por el incuestionable peso moral de su subjetiva experiencia vital, apuntalados por una inexplicable etiqueta social que pueden utilizar para controlar totalmente el flujo del discurso.»

Continuaba diciendo: «El resultado es que se crea un entorno en el que la libre discusión de ideas es imposible. Los

grupos y las personas oprimidas se comportan como si el suyo fuera un inatacable sacerdocio que basa su legitimidad en la doctrina del pecado original. Para ampliar la analogía, los debates se convierten en confesionarios en los que se anima a los participantes a autoflagelarse y a postrarse ante la sagrada escritura de la autoconsciencia. Se estimula la vergüenza y el autodesprecio, para que los grupos no oprimidos recuerden su lugar, y para subvertir la pirámide social de la opresión, con los grupos oprimidos en lo alto de todo».⁸

Incómodos por las conversaciones sobre el privilegio blanco que estaban teniendo lugar por aquel entonces, hubo opinadores de izquierdas que llegaron a la conclusión de que los afectados por el racismo eran de hecho los verdaderos privilegiados, porque hablar sobre los efectos del racismo les proporcionaba cierto tipo de superioridad moral. A Winstanley le molestaban más las reacciones de la gente al racismo que el propio racismo. Ese fue el principio de una reacción hostil contra cualquier debate sobre el privilegio blanco.

Alguien que vive bajo el peso del racismo quizá en algún momento quiera hablar del asunto con personas que se sienten de la misma manera, y quizá se lance a formar un grupo que tenga ese propósito. Los asistentes podrían optar por calificar ese grupo de «lugar seguro». El concepto de «lugar seguro» no tiene nada de raro. En relación al racismo, puede ser cualquier lugar en el que sientas que puedes expresar tu frustración sobre la blanquitud del mundo sin miedo a sentirte excluido. Puede ser tu salón, al hablar con alguien de tu familia; durante la hora de la comida, de charla con un compañero de trabajo con el que te llevas bien, o en un espacio de activismo destinado a ello. Pero en medio de la reacción hostil contra todo tipo de organizaciones antirracistas, la expresión «lugar seguro» se convirtió en un nuevo objetivo para la furia del privilegio blanco.

«Los lugares seguros son un corolario directo del auge de la política de la identidad —dijo Ian Dunt en *The Guardian*—. Cuando el debate esencialmente económico entre la derecha y la izquierda fue quedando superado, vino a reemplazarlo una guerra cultural en la que género, sexualidad y raza están en el centro de la discusión.»

«Esto es obra de idiotas liberales de clase media, privilegiados, adinerados, mimados y educados en exceso», añadía la feminista Julie Bindel en el mismo artículo.⁹

Las personas blancas que se ponen en contacto conmigo a menudo lo hacen citando las palabras del líder de los derechos civiles Martin Luther King Jr., en un intento de hacerme ver que me engaño, que voy por mal camino. En emails y tuits, me dicen que Martin Luther King Jr. quería un mundo en el que se juzgara a las personas no por el color de su piel, sino por su carácter. Tengo la sensación de que los bienintencionados remitentes de esos mensajes creen que, en el contexto actual, esas palabras significan que los blancos no deberían ser juzgados por el color de su piel. Que el poder de lo blanco como raza no debería ser juzgado. De lo que no se dan cuenta esas personas que se ponen en contacto conmigo es de que Martin Luther King Jr., en unas palabras publicadas en el número de junio de 1963 de *Liberation Magazine* y escritas desde una celda en Birmingham, Alabama, decía también:

Debo confesar, en primer lugar, que en los últimos años los moderados blancos me han decepcionado profundamente. Casi he llegado a la triste conclusión de que el principal obstáculo de los negros en su camino hacia la libertad no es el miembro del Consejo de Ciudadanos Blancos o del Ku Klux Klan, sino el moderado blanco más amante del «orden» que de la justicia; que prefiere una paz en negativo, que es la ausencia de tensión, a una paz en positivo, que es la presencia de justicia; que constante-



mente dice: «Estoy de acuerdo con el objetivo que persigues, pero no puedo estarlo con tus métodos de acción directa»; que, de un modo paternalista, siente que puede tomar decisiones sobre cuándo ha de llegar la libertad de otro hombre; que vive bajo el mito del tiempo y que constantemente aconseja al negro que espere hasta «un momento más propicio».

La comprensión vacía de las personas de buena voluntad es más frustrante que el absoluto desacuerdo de las personas de mala voluntad. La aceptación tibia es mucho más desconcertante que el puro y simple rechazo.¹⁰

En febrero de 2014, la revista política *The Economist* publicó un editorial entusiasta sobre el auge del mestizaje en el Reino Unido. A partir de datos del censo, el texto analizaba en profundidad la evolución del número de niños mestizos en todo el país. La población mestiza era el grupo étnico que experimentaba un mayor crecimiento en el Reino Unido desde 2001, decía la revista, con un 6 % de niños de menos de cinco años a los que se identificaba como tales, un número superior al de los niños identificados como negros o pertenecientes a cualquier otro grupo étnico minoritario del país. «Para los jóvenes —concluía el texto— que están acostumbrados a que en su entorno haya personas de todos los orígenes, la raza ya es mucho menos importante de lo que lo era para sus padres. En una o dos generaciones más de mestizaje, puede que no importe en absoluto.»¹¹

En las grandes ciudades británicas, las amistades y relaciones entre personas de distintas razas son ahora muy habituales y no tienen nada de raro. Pero que el Reino Unido sea cada vez más mestizo no hace que las relaciones raciales resulten menos complicadas. Al contrario. Aunque hoy en día la gente tiene mucho menos miedo a convivir y a quererse, los problemas de racismo no van a desaparecer por ello. Pese

a las alegrías y las enseñanzas de vivir todos revueltos, los niños mestizos no van a acabar con el racismo por su mera existencia. El privilegio blanco nunca es tan evidente como en nuestras relaciones íntimas, nuestras amistades cercanas y nuestras familias.

La consciencia de raza no es contagiosa, y tampoco se hereda. Si acaso, un aumento de las familias mestizas y de los niños mestizos puede hacer que esas conversaciones difíciles sobre racismo y blanquitud estén aún más cerca de la propia experiencia personal, incluso hasta el extremo de resultar incómodas en algunos casos. Para ignorar discretamente las injusticias ya no bastará con dejar de ver las noticias o cerrar la puerta.

Hablar de ello con Jessica, que es mestiza, fue revelador. Charlamos largo y tendido sobre el privilegio blanco y la familia, y sobre las complicadas y a menudo profundamente dolorosas conversaciones con los más cercanos y queridos sobre estos temas. Por lo delicado de lo que hablamos —y para que ella pueda seguir teniendo relación con esas personas— he cambiado su nombre para este libro.

«Son conversaciones difíciles. Te sientes muy vulnerable —dijo—. A mí me ha criado sobre todo mi familia blanca. El lado negro de mi familia ha sufrido violencia doméstica y no ha formado parte de mi vida de la misma manera. Hasta hace muy poco, en realidad hasta que cumplí los veintiocho (y tengo treinta), simplemente no hablaba de nada que tuviera que ver con la raza con mi familia blanca. Mi madre es blanca y mi padre es negro, y la verdad es que tanto mi madre como mi padre me han educado para no ver el color.»

Jessica, a diferencia de lo que me ocurre a mí, no puede decidir que va a dejar de hablar con blancos sobre racismo. Ella no tiene la posibilidad de distanciarse de esas conversaciones, porque su madre y la mitad de su familia extensa son de raza blanca.

«A medida que me he hecho mayor y he entendido un poco más lo que es la raza desde el punto de vista de una mujer mestiza (yo me identifico como negra), he visto que no me han preparado para ciertas cosas —explicó Jessica—. Ahora he empezado a hablar con mi familia de racismo. Es incómodo, porque creo que lo han estado evitando. [Cuando yo era más joven] fingían que no era un problema. Las veces que he hablado con mi madre del tema, me dice que nunca pensó que fuera algo de lo que hablar, porque yo no parecía tener ningún problema de niña. Nunca hubo incidentes racistas. Y yo le dije: “Sí, pero es que el racismo es más que un incidente aislado. Tiene que ver con el mundo en el que vives, y el modo en que percibes tu entorno”.

»Durante mi infancia y mi adolescencia me sentía diferente, y un poco rara —añadió—. No era capaz de entender por qué me sentía tan fuera de lugar. Ahora que soy mayor y entiendo algunas cosas, creo que era un asunto de raza. Porque era la única niña negra en mi clase, y vivía en una ciudad blanca, rodeada de mi familia blanca.»

Le pregunté a Jessica si había tenido conversaciones delicadas sobre el tema. «En los últimos tiempos —contestó—, mi tío y mi primo han estado siendo bastante... Bueno, han estado siendo racistas, sin más. Compartiendo cosas en Facebook, cosas de Britain First [Gran Bretaña Primero], de la campaña para prohibir el burka. He intentado explicarles por qué creo que eso es racista y por qué me hace daño a mí también, pero no estoy consiguiendo nada. Creen que yo soy el problema, que, al hablar de raza, soy yo quien lo está provocando. Ha hecho que me distancie de mi familia blanca desde hace un par de años. Ya no los veo mucho. Para mí es un problema que no entiendan a qué me refiero.»

Más tarde confesó: «Cuanto más claro tengo quién soy, en términos de raza, y dónde me sitúo en el mundo, más se dis-

tancian de mí. Sé que les resulta incómodo estar conmigo. Y con mi hermana también. Cuanto más me convierto en mí misma, menos a gusto están conmigo. Es triste, porque éramos una familia muy unida, pero la verdad es que ahora evito las reuniones familiares».

A la familia extensa se la puede evitar. Pero ¿qué pasa con una de las relaciones más íntimas en la vida de una persona, qué hay de la relación con una madre? «Está un poco a la defensiva —admitió Jessica—. Me ha llegado a decir: “Creo que olvidas que también eres blanca”. Yo le digo: “Sí, mamá, pero cuando voy por la calle la gente ve a una mujer negra”. El modo en que experimento el mundo es el de una mujer negra. Es difícil, porque la quiero, y quiero que me acepte, pero a veces me viene con cosas que son racistas... Eso me duele. A mi madre casi siempre la ciega ser blanca... Piensa: “No puedo creer que alguien tenga esos prejuicios”. No concibe el sesgo institucional. De modo que hay que empezar por lo más elemental. Pero no puedo hacer eso con toda mi familia, ¿sabes?»

Uno de los comentarios que molestaron a Jessica tenía que ver su padre, jamaicano, y jugaba con los estereotipos racistas. «Recuerdo que una vez mi madre hizo un comentario sobre los hombres negros y el tamaño de sus penes, y que ella sabía que era cierto por mi padre. “Mamá”, le dije, “no tienes ni idea de lo mal que está decir eso.”

»Quiero mucho a mi madre —insistió Jessica—. Tenemos una relación muy estrecha, hablamos todo el rato. Pero me da rabia que no entienda algunas cosas. Está progresando, pasito a pasito, pero en alguna ocasión he tenido que protegerla de mi furia. Es algo que me pone entre la espada y la pared. ¿Puedo hablar con mi madre de lo que siento de verdad? Incluso cuando dice algo que no me gusta, no creo tener derecho a enfadarme con ella. Pero luego pasan unas semanas y me en-

tran ganas de llamarla y de discutir con ella sobre lo que sea, para sacar la rabia que llevo dentro. Y tengo que desviar mi rabia hacia cualquier otra cosa.

»Tengo mucha rabia acumulada —lamentó—. Mi familia no tuvo en cuenta que yo era una niña mestiza. Cuando mi madre y mi padre se casaron no fue fácil, porque las relaciones interraciales eran todavía polémicas, creo. Después de casarse, hace treinta y cinco años, hubo amigos con los que dejaron de hablarse. De modo que no entiendo cómo es que no pensaron: “A ver, ¿qué va a experimentar esta criatura mestiza?”. No tuvieron en cuenta mis necesidades culturales, cosas como qué hacer con mi pelo, cosas como la comida jamaicana... Ya sabes, todo eso que creo que forma parte integral de crecer y de saber de dónde vienes.»

Jessica me contó que está acudiendo a terapia y que ha buscado la ayuda de grupos locales de personas mestizas con experiencias similares a las suyas. «He sentido muchas cosas sobre mi identidad y las he empujado hacia dentro, muy adentro, y creo que eso ha afectado a mi bienestar mental. Tengo bastantes amigos con madres blancas que también lo han pasado mal. Madres [blancas] que hablan de los negros en términos racistas y que dicen que no pasa nada porque tienen hijos negros. Ahora, cuando veo a una pareja interracial me pongo nerviosa, y eso que yo misma estoy en una relación interracial. Cuando veo a una madre o un padre blancos con una criatura mestiza pienso: “¿Le van a dar a ese niño lo que necesita?”. Porque a mí no me lo dieron. Creo que las personas blancas que están en una relación interracial o tienen hijos mestizos o adoptan niños de otras razas tienen que comprometerse a ser activamente antirracistas. Solo así puede funcionar. Y también tienen que ser humildes y darse cuenta de que son racistas incluso si creen no serlo.»

Sobre su pareja, Jessica dijo: «Sabe por lo que he pasado.

Queremos tener hijos, y él es el tipo de persona blanca que sabe que tiene que emprender un proceso de desaprendizaje y de deconstrucción. Hay pocas personas blancas en mi vida que sean así, pero no podría estar en una relación con alguien que no lo fuera. El debate sobre el racismo en este país es muy limitado y el debate sobre las personas mestizas también. Hay gente que piensa que eres mitad y mitad, que estás atrapada entre dos mundos. A mí solía preocuparme no ser lo suficientemente negra, pero estoy empezando a darme cuenta de que soy parte de la diversidad de lo negro. Hay muchas maneras de ser negra».

La relación de Jessica y su madre tiene muchos matices, y es al tiempo de profundo cariño y de profundo dolor. Es el reflejo de muchas de las complejidades que rodean al racismo, lo que pone de relieve una verdad que a menudo queda fuera de la superficial cobertura mediática: el racismo no es algo que promulguen malvados monstruos cargados de mala voluntad, sino que tiene que ver con la blanquitud. Más que probar que la sociedad está por encima de la raza, lo que las relaciones interraciales prueban es que las acciones individuales a menudo van por delante del progreso social.

Claro que es comprensible que las parejas interraciales no quieran cargar, al planear su vida en común, con el deprimente peso de la historia racial. Pero fingir que la raza no existe no se lo pone fácil a sus hijos, que no se merecen esa dejadez. Parecería que del mismo modo en que las parejas estables hablan de casarse, de dinero y de hijos, las parejas de ascendencias distintas deberían hablar de racismo, de lo que significa para ellos, de cómo afecta a sus vidas y de cómo podría afectar a la vida de sus futuros hijos.

Entre las proclamas de «aquí acaba el racismo» lanzadas al paso de las familias mestizas también está el recelo de los entrometidos de siempre que no acaban de entender la situación.

Nuestra configuración demográfica está cambiando con más rapidez que nuestras actitudes, lo que genera confusión. A título de anécdota, mestizos ahora adultos me cuentan que, cuando eran niños, fueron interpelados y registrados en la calle cuando iban con sus padres, y que han aguantado insultos e injurias yendo de viaje con su familia, siendo «familia arcoíris» el menos grave de ellos.

Y se habla muy poco del privilegio blanco en la adopción transracial, es decir, cuando familias blancas adoptan a niños de color. En 2010, el periodista Joseph Harker escribió: «Mi padre, nigeriano, abandonó a mi madre, irlandesa, antes de que yo naciera. Tres años después, mi madre se casó con un inglés, que luego me adoptó, y yo tomé su apellido. Nunca me faltaron el amor, el apoyo ni el aliento. Pero cuando el racismo empezó a hacer mella en mi vida yo no estaba preparado para ello. Me costó hacer frente a las burlas en el patio y en clase y, a medida que iba creciendo, mi desconexión con mi herencia africana se convirtió en un problema aún mayor. He hablado con muchas personas negras con un pasado parecido y a menudo han tenido una experiencia parecida».¹²

Sus palabras dan con el meollo de la cuestión. Nadie dice que un niño negro con un padre o madre blanco, o al que adopta una familia blanca, no estará recibiendo una enorme cantidad de amor y apoyo. Pero, al no haber experimentado nunca el racismo en sus carnes, los padres podrían no estar preparados para hacer frente al que sufrirá su hijo.

En 2012, en un acto paradigmático de ceguera ante la raza, el primer ministro David Cameron presentó una propuesta para que dejara de ser un requisito legal para las autoridades locales tener en cuenta los antecedentes raciales, culturales y lingüísticos de un niño durante el proceso de adopción. Había una buena intención detrás de esa idea: en 2013, el Ministerio

de Educación hizo público que los niños negros y de otras minorías étnicas eran adoptados, de media, un año más tarde que sus equivalentes blancos. Cuanto más tiempo pasa un niño en instituciones de acogida, más problemas tendrá para desarrollar apego a lo largo de su vida, dijeron, de modo que encontrar una buena familia a la mayor brevedad posible tenía una importancia crítica. «Si una familia está preparada y es apta para adoptar a un niño —dijo el entonces ministro de Educación, Michael Gove—, la etnicidad no debería ser un obstáculo.»¹³

Con ese astuto juego de manos lingüístico los políticos insinuaban que tener en cuenta la raza del menor era, de hecho, darle alas al racismo. Los comentarios de Gove venían a decir que los niños negros tardan más en ser adoptados por las «barreras» de corrección policial que el «multiculturalismo estatal» (como lo bautizó Cameron) ha erigido, y no por un racismo sistémico. El porqué los niños negros tardan más en ser adoptados no es algo que pueda explicarse fácilmente. Pero vivimos en un mundo invadido por el racismo, y que los niños negros esperen más para ser adoptados es otro revés a las oportunidades de las que disfrutarán en la vida.

Entretanto, los padres blancos que adoptan a menores de color asumen una nueva responsabilidad: la de ser conscientes del racismo. Se embarcan en una nueva aventura de autoconocimiento, y tienen el deber de no entregarse a una idea limitante como la de no ver la raza. Tienen ese deber porque un niño negro no debería cargar con la responsabilidad de capear los prejuicios del mundo sin ayuda. No todos los padres blancos se toman la molestia de aprenderlo. Por desgracia, he conocido a padres blancos de hijos mestizos que, airados, alegan que ellos «no ven» la raza y me dicen que lo que predico no es de ninguna ayuda. Desde luego, no pido que estén de acuerdo con todo lo que digo, pero sí creo que es impor-

tante que reconozcan que seguimos viviendo en una sociedad racista, aunque solo sea para que les resulte más fácil ser un apoyo para sus hijos. No por su bien, sino por el bien de sus hijos. Creo de veras que es lo mínimo que pueden hacer. En el lado opuesto, también he conocido a padres blancos de niños mestizos que muestran un verdadero afán por entender lo que su hijo tiene por delante en la vida. Son esfuerzos por salvar una brecha informativa que las personas blancas no suelen tener que hacer a menudo. Fingir que todo va bien no ayuda a nadie.

Pese al título de este libro, sabía que no podía hablar de racismo sin hacerlo también con al menos una persona blanca que reflexiona sobre ello tanto como yo, si no más. Jennifer Krase es estadounidense, pero ha vivido en el Reino Unido durante los últimos siete años. Es una inmigrante blanca en el Reino Unido, lo que la convierte en alguien que ve el problema a la vez desde fuera y desde dentro: desde fuera porque su país tiene su propia cultura, y su propio y muy conocido problema de racismo, y desde dentro porque el hecho de ser estadounidense y blanca la sitúa más como expatriada que como inmigrante. Ella es maravillosamente consciente de todo ello. «Creo que las personas blancas se ponen a la defensiva cuando les dices que son blancas —me asegura por Skype—, porque han internalizado el mensaje de que es de mala educación señalar la raza de los demás, que es un terreno peligroso en el que puedes ser racista sin querer, porque alguien podría ofenderse si mencionas su raza. Es una extraña lógica tortuosa que en realidad deja de lado los que de verdad son los problemas de fondo.»

Quise saber cuáles eran sus primeros recuerdos relacionados con el racismo. Al ser blanca, Jenny seguramente fue a una

escuela en la que había otros niños blancos. Y aunque los niños siempre encuentran algo de lo que burlarse, no es probable que Jenny haya experimentado el racismo en el patio de la escuela. «Al principio —recuerda—, pensaba que la cosa iba de no decir ciertas palabras. Lo de no ver la raza sin duda es algo que nos enseñaron en el colegio.

»Luego, al hacerme algo más mayor, te habría dicho que el racismo era hacer comentarios racistas. O que el racismo eran las leyes segregacionistas. O que el racismo era un carril de dos direcciones, que cualquiera puede ser racista. Es probable que dijera que llamar a alguien “negro de mierda” era peor que llamar a alguien “blanquito”, por ejemplo, pero habría dicho que “blanquito” también era racista. Ahora me parece todo ridículo, pero así era como lo interpretaba, de ese modo tan simple. Que el racismo lo ejercían las personas. No habría visto los mecanismos sistémicos.»

Jenny creció en la ciudad de Fort Worth, en el estado de Texas. Le pregunté cuándo había empezado a ser consciente del papel de la raza en su vida. «Es algo de lo que siempre he sido consciente, solo que no en relación a mí —respondió—. Pensaba que la raza era algo que se aplicaba a otras personas. A otras personas que no eran blancas, vamos.» Texas, comenta, «ha sido siempre un lugar cargado de tensiones raciales... Siempre ha habido una división racial entre los que hablan inglés y los que no lo hablan, es decir, los latinos. Fort Worth es una ciudad muy dividida, no solo en términos geográficos, sino también de calidad de vida de las personas.»

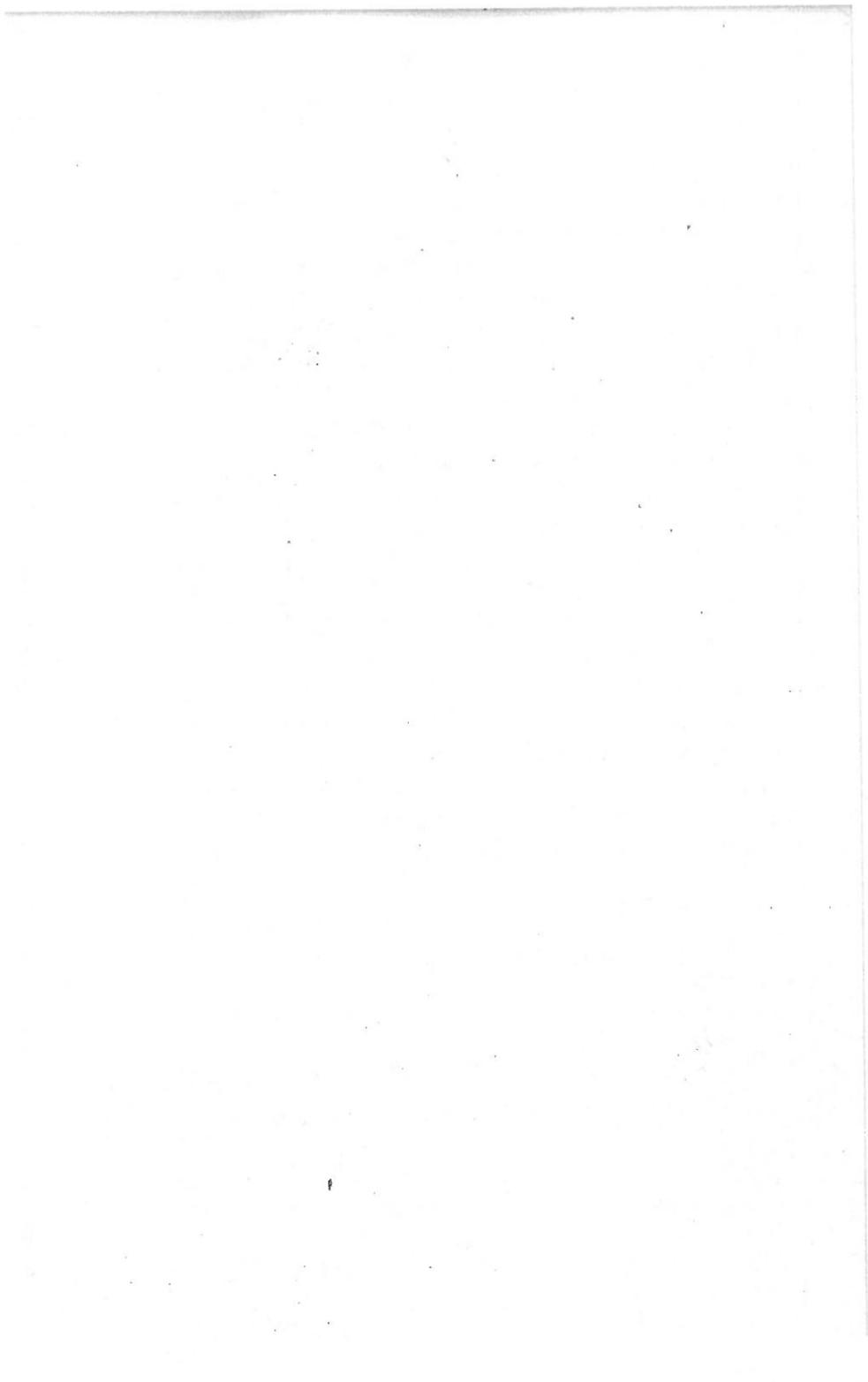
Su infancia monorracial estaba planeada al milímetro. «Viví una existencia muy resguardada en muchos sentidos. No me refiero solo a vivir, supongo que, de forma deliberada, junto a otras personas blancas y en una comunidad blanca —la escuela a la que fui era mayoritariamente blanca—, sino tam-

bién a que era una escuela de clase media. Los barrios que había alrededor de la escuela eran bastante ricos. Todos esos factores me llevaron a crecer en un entorno muy específico. No creo que fuera accidental. Que mis padres compraran allí una casa... Ves los barrios y las escuelas, y tomas decisiones basadas en tu propio criterio, que puede ser en parte abiertamente racista o clasista. "Quiero que mi hija vaya a un buen colegio." ¿Qué significa un buen colegio?»

Teniendo en cuenta sus orígenes, no puedo evitar preguntarme cómo es posible que haya cambiado tan drásticamente la actitud de Jenny respecto al racismo desde entonces hasta hoy. En mi experiencia, una persona blanca que ha crecido en un entorno casi enteramente blanco trae consigo una insularidad, además de un impulso reflejo de defender la blanquitud cuando se la critica. ¿En qué momento de su vida Jenny se dio cuenta de que era blanca? «[Tuve un profesor cuya] clase era todo un desafío para mí, porque hablaba de racismo. Hablaba de racismo, de imperialismo... Esa fue la primera vez que me vi expuesta no solo a los hechos, sino a puntos de vista históricos políticamente estimulantes. En aquel momento me resistí a ello. Cuando pienso en lo que decía entonces, joder, me muero de vergüenza. Pero aquello sembró la semilla de un cambio en mí.»

Al principio, estaba a la defensiva. «Creo que lo que me hacía estar a la defensiva es que me molestaba que existiera la posibilidad de que alguien supiera algo que yo no sabía. A algún nivel, quizá intuía que aceptar lo que aquella persona estaba diciendo podía abrir la caja de Pandora. Era una mezcla de vergüenza y pánico. No soy capaz de identificar qué es lo que estaba tratando de proteger o defender. Creo que estaba indignada.»

«Ahora me cuesta mucho menos que antes aceptar que me equivoco —admite—. Es un gran logro desde un punto de



vista personal. No he perdido mi privilegio blanco. No se ha reducido porque de repente sepa lo que es.»

Tenía curiosidad por saber de qué modo las ideas antirracistas de Jenny habían influido en el resto de su vida. «Yo hablo [de racismo] con mi familia, con mis amigos, en el trabajo... Aunque pueden ser conversaciones difíciles —dice—. En estos últimos tres o cuatro años, he tenido en ese sentido unos cuantos fracasos estrepitosos, ya sea porque he escogido la discusión equivocada o porque he dejado pasar la oportunidad de tener una conversación que era esencial tener.»

«Intento hacer cosas en mi vida cotidiana, más que en espacios de activismo, para sacar a colación problemas que creo que son relevantes en ese momento. Porque yo no sé qué piensan las demás personas que están allí, pero si yo estoy pensando en ello y nadie más está diciendo nada entonces me corresponde a mí decir algo. Aunque solo rinda cuentas conmigo misma por hacerlo. Se trata de hacer cosas cuando no hay nadie que pueda verlo, porque esto no va de que alguien lo vea o de que me den palmaditas en la espalda.»

Es poco habitual que alguien como Jenny esté dispuesta a hacer el trabajo pesado de dismantelar el racismo. Y es poco habitual porque es blanca. Hay mucha gente blanca que cree que el racismo no es su problema, pese a que el privilegio blanco es un instrumento esencial del racismo. Cuando hablo de personas blancas en este libro, no me refiero a todas las personas blancas. Hablo de la blanquitud como ideología política, de la escuela de pensamiento que favorece a las personas blancas a expensas de las personas que no lo son. Para mí, es como el yin y el yang. Hay un propósito en el legado del racismo: no solo priva de poder a sus víctimas sino que empodera a los que no lo son. Ese es el privilegio blanco. El racismo brin-

da mejores oportunidades en la vida a las personas blancas. Les proporciona un poder inmerecido; está diseñado para mantener un discreto dominio. ¿Por qué las personas blancas creen no tener una identidad racial?